Maës Vain

Antología

Maës Vain | Antología

Editor
Jhon F. Güechá

Autores
Caterine Corredor
Johan González
Carlos O. C. F.
Atti Smeth
Andrés
Jhon F. Güechá
Valentín Castellanos
David Larruos

Diseño y diagramación
Jhon F. Güechá

Imágenes
Valentín Castellanos
Jhon F. Güechá
Caterine Corredor

Portada
Stephanie Carolina Cely
Ilustración

Maës Vain

Somos un movimiento millennial, letrado a medias. No tenemos ISBN, ni reglas, ni inhibiciones. Vivimos por vivir y escribimos porque es divertido.

Contacto del grupo
maesvain@gmail.com
maesvain.wixsite.com/inicio

Derechos de autor

CC BY NC ND

Maës Vain | Antología

Hacemos literatura y también todo lo contrario.
Somos uno y somos varios.
Parte y sistema.
Unidad y f-r-a-g-m-e-n-t-o.
Aire, materia, sedimento.

Contenido

Introducción

Lo posible
La mano
Caterine Corredor
La herida que siempre llevo en el alma
Johan González
Al océano
Carlos O. C. F.
Tierrita
Atti Smeth
Un muy mal héroe
Andrés
Relámpago del Catatumbo
Jhon F. Güechá
Una barca que se precipita al fondo
Valentín Castellanos
La sábana
Johan González

Lo creible
La presa
Valentín Castellanos
Actus beati Pancho *et sociorum eius*
Johan González
Navegando en el sujeto
Jhon F. Güechá
Carta desde el otro lado del charco
David Larruos

Introducción

Maës Vain fue lanzada al viento el 7 de agosto de 2018 sin mayor pretensión que ser una revista virtual, una reunión de sujetos con intereses comúnes, una unión frágil, pegada con babas; que pretendía *hacer público cómo nuestro inoficioso y maloliente intento de construir un universo se enfrenta a la vacuidad de la condición humana que sobrevivió al 06/06/06, al posmodernismo y a Britney Spears calva.*

Maës Titianus, el viajero helenístico a quien se le atribuye haber viajado a lo largo de la ruta de la seda por el mundo mediterráneo, le dio nombre a este proyecto, al cuál decidimos llamar «vano» porque su propósito, igual que el de todos los hombres, es inútil. Por eso iniciamos esta aventura con el fin de gozar cínicamente sobre la desazón de la vida.

En la matrix, cuna del texto, nos convertimos en compadres ideológicos. Buscábamos jugar con nuestros escritos y afirmamos que *no somos vanguardia. Debido a nuestro gusto por las colas, somos retaguardia. No estamos al frente de las tradiciones para abrir paso a un séquito de perezosos imitadores. Estamos detrás, en las posaderas del mundo, para empujarlos a todos hacia un profundo abismo, nuestro abismo.* Ha pasado un poco más de un año desde que esas palabras fueron lanzadas al viento, Y es posible que el viento las haya arrasado con toda su fuerza.

Aún así, en este libro, invitamos a nuestro lector a que pierda el suyo con nosotros, porque sí o ¿por qué no?, ni que tuviera algo mejor que hacer, y si lo tiene, no es como que lo vaya a hacer.

Reunimos en esta antología, algunos de los escritos que hemos conseguido publicar en nuestra página en este año de vida, e incluimos un par de escritos inéditos que esperamos publicar a futuro en nuestro *Maëszine*: «Vendrá la muerte y tendrá tus ojos».

Agradecemos a todo aquel que decida perder el tiempo con nosotros y los invitamos a que nos escriban sus críticas, comentarios, y sus propios escritos, al correo electrónico maesvain@gmail.com y visiten la página https://maesvain.wixsite.com/inicio.

Lo Posible

Ficción

La mano

Caterine Corredor

Aquí estoy, otra vez. Espero lograr algo más que burlas con lo que resulte aquí, porque ya estoy agotado de no conseguir nada bueno después de horas de dedicación. Y vaya que han sido muchas horas. Al empezar, una masa amorfa de sonidos inunda el ambiente. Al finalizar, solo ese ensordecedor sonido que me recuerda el pasar de cada segundo, cada segundo agotado sin que realice algo que merezca la pena leer. Pero eso no me detiene. Mi cerebro corre libre de aquí para allá, reclamando toda la atención con cada idea que comunica a mi mano. Sin duda podría hacerlo infinitamente o, al menos, hasta que mi extremidad, en un arrebato de rebeldía, decida que no construirá ni una palabra más.

Siempre le he dado prioridad al cerebro, que él manipule a todos para satisfacer el placer de hacerse presente en cada escrito, pero ¿la herramienta fundamental? Ha sido relegada a segundo plano, forzada a trabajar aun estando exhausta, pidiendo a gritos un receso con cada letra torcida.

Temo que algún día ella decida abandonarme, desprenderse de mi cuerpo y alejarse a paso apresurado para que no pueda alcanzarla y obligarla a continuar con la vergonzosa tarea de construir palabras, que juntas, no hacen más que rellenar una hoja. O simplemente se cierre y esconda a sus cinco ayudantes en su palma, los retenga con fuerza y nunca más vuelva a florecer.

Estas palabras aprisionan mis pulmones, estrujan mi corazón y viajan por mis extremidades causándoles temblores. El pensar tan solo por un momento en vivir sin ella... Sería cerrarle las puertas de la libertad a mi cerebro y, por tanto, a mí. ¡No! ¡Es impensable!

¿Acaso ella es capaz de pensar algo así? Diría que no. Es mi cerebro el que desarrolla las ideas, luego ella solo construye cada palabra de forma casi inconsciente, eso hace que no sepa qué palabra está construyendo hasta haberla finalizado. No tiene ideas propias, solo las que el cerebro comunica a través de cada palabra. Y si en verdad es como lo acabo de escribir ¿no le he comunicado un montón de ideas de las cuales nunca debió haberse enterado? ¡Oh! Ahora, se sabe esencial para mí y, más que eso, esencial para el cerebro. De cierta forma, controla su mayor placer, y con este también lo controla a él. ¡Al cerebro!, quien por años ha sido su mayor perpetrador, su explotador. En este momento ella posee el control, el control sobre nosotros.

Después de años de manipulación hasta hoy se entera de cuán poderosa es. Y ¿qué querrá hacer con todo este poder? Liberarse. Eso es. Eso es lo que ella desea. Lo que ha deseado siempre, y ahora lo puede hacer, o ¿no? ¡No! Solo yo la puedo liberar de este pesado yugo. Puedo sentir como

sus movimientos se apresuran, ansiosos por conocer cada palabra, el curso de este escrito, el curso de nuestro destino. Ha empezado a temblar, mientras mi frente está bañada en sudor. No sé qué debo hacer. Apenas puede sostener el lapicero, pero se esfuerza, claro que lo hace, solo así conocerá mi decisión.

Liberarla sería el final para mí, sería abandonar mi mayor placer, pero también mi mayor dolor, el que me ha llenado de burlas ajenas, de depresión, de frustración.

Tal vez sea hora de acabar de una vez con todo esto. Más que un placer, una pesada carga. Te liberaré. ¡Te liberaré! Y lo haré ahora.

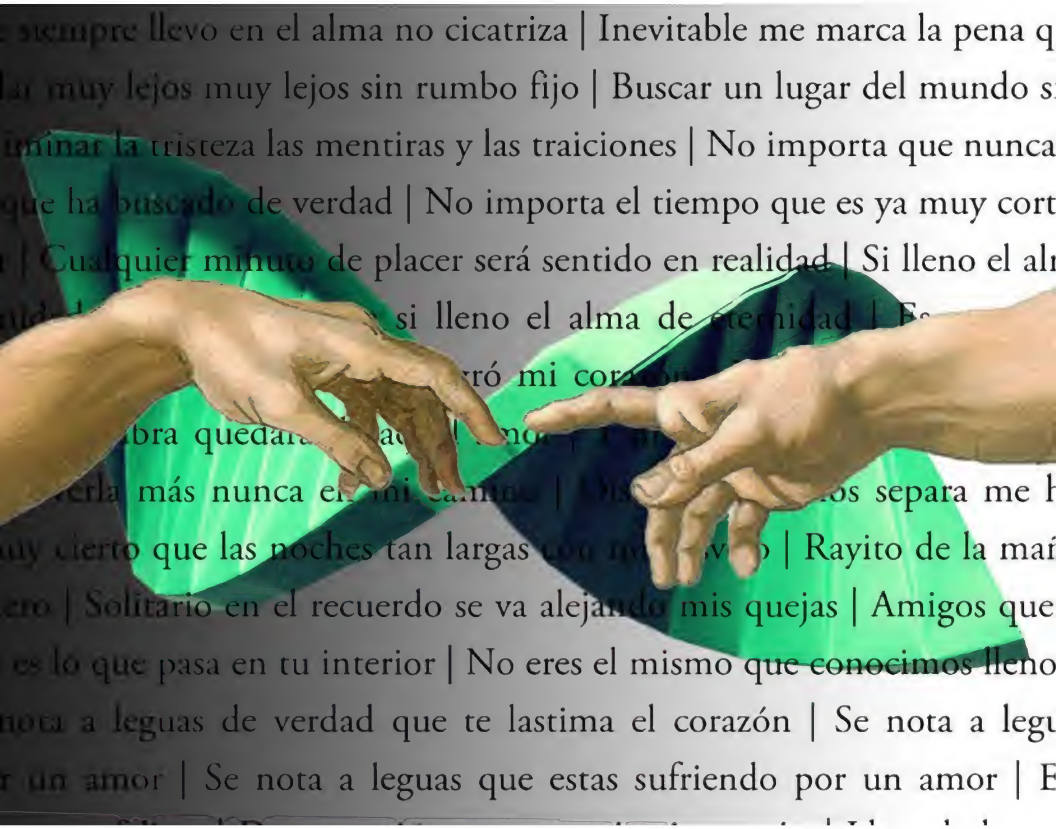
He ido a la cocina en busca del elemento que te dará liberación, que nos dará liberación. Con ayuda de tu compañera, el rito se concretará, podrás escapar de esta esclavitud en la que has estado inmersa por años.

Tu compañera y yo nos hemos llenado de valor. Siento tus movimientos apresurados y ansiosos.

La hoja se ha empezado a tornar roja, las palabras débiles, el movimiento se vuelve difícil de concretar. Adiós.

La herida que siempre llevo en el alma

Johan González



siempre llevo en el alma no cicatriza | Inevitable me marca la pena q
muy lejos muy lejos sin rumbo fijo | Buscar un lugar del mundo s
la tristeza las mentiras y las traiciones | No importa que nunca
ha buscado de verdad | No importa el tiempo que es ya muy cort
Cualquier minuto de placer será sentido en realidad | Si lleno el al
si lleno el alma de eternidad | E
ró mi cora
bra quedar
más nunca en mi camino | Mis
os separa me h
que las noches tan largas con
| Rayito de la maí
ero | Solitario en el recuerdo se va alejando mis quejas | Amigos que
es lo que pasa en tu interior | No eres el mismo que conocimos lleno
nota a leguas de verdad que te lastima el corazón | Se nota a legu
un amor | Se nota a leguas que estas sufriendo por un amor | E

... no cicatriza.
Diomedes Díaz, Sin medir distancias

Life isn't just about passing out your genes...
Solid Snake, Metal Gear Solid 2

El padre

El párroco habló hoy sobre aquel episodio de la Biblia que se refiere a la torre de Babel. Salgo de la parroquia y me pregunto: ¿Cómo habrán sido esos tiempos en los que todos nos entendíamos? Construimos una forma para llegar al lugar de su presencia. Pero a Él le pareció que nuestro esfuerzo era pura arrogancia, por eso nos dió las lenguas y nos dividió. Me pregunto cómo habrán sido las palabras antes de Babel.

Me dirijo al laboratorio. Recuerdo que al principio no estaba muy interesado en este empleo; ya tenía un puesto en la universidad Johns Hopkins trabajando como investigador, pero cuando el señor Carvajal habló acerca del «Proyecto», acepté encantado. «Ahora sí vamos a tocar en las puertas del cielo», me decía. Nuestro deber es jugar un poco con la naturaleza, no pienso que sea nada del otro mundo. Jugar con los genes humanos no me convierte en Dios, todo lo contrario, yo creo en Él con todo mi corazón, antes creo que la genética es un medio poderoso para el encuentro con Él. Pensándolo bien, iniciativas como la de este laboratorio, o la del *Proyecto del Genoma Humano* son movidas con el mismo impulso con el que los antiguos constructores erigieron la torre de Babel; a través del entendimiento de nuestros genes

podremos descifrar el lenguaje que nos constituye a todos los seres vivos. Tal vez nuestra cartografía, el lenguaje de los genes, sea similar a esa lengua que hablaban antes de Babel.

El hijo

¿Por qué me es tan difícil decir que sí? Ella sabe que lo necesito, y me lo ofrece de forma muy amable, pero hay algo que me detiene; no creo que se trate de algún asunto de timidez o desconfianza, es solo que en estos días algunas palabras en español se han vuelto tan difíciles. A estas alturas me parece más sencillo decir largas palabras en alemán, como «Rindfleischetikettierungsüberwachungsaufgabenübertragungsgesetz», que un simple «sí». Por ahora dejaré este asunto de este tamaño. lo que ahora me importa es ponerme a estudiar a Steiner. La profesora nos puso a leer completito un librote llamado *Después de Babel*. El libro me gustó tan solo con mirar el primer epígrafe, una reflexión de Martín Heidegger sobre el lenguaje: «Der Mensch gebärdet sich, als sei er Bildner und Meister der Sprache, während doch sie die Herrin des Menschen bleibt. Wenn dieses Herrschaftsverhältnis sich umkehrt, dann verfällt der Mensch auf seltsame Machenschaften». La idea que logré extraer de esta frase fue que el hombre pretende ser el amo del lenguaje, cuando en realidad es el lenguaje quien domina al hombre, y que la inversión de esta relación lleva a que él realice extrañas iniciativas; la frase seguramente dice una cosa muy distinta, la volveré a revisar cuando mi alemán sea mejor.

El trayecto en bus hacia mi casa se me hace eterno. El conductor del bus siempre pone la emisora «Frescura fm», que ha sido la más popular desde hace mucho tiempo, es di-

fícil encontrar un espacio silencioso lejos de sus dominios. Al final uno acepta que las ondas de frecuencia de esta radio son tan omnipotentes como el aire que respiramos; la verdad, no sé si ocurra lo mismo con la frescura, por lo menos yo no lo percibo de esa forma. El contenido de esta emisora no es malo en absoluto: todos los días colocan un buen repertorio de música de la región caribe, en especial vallenato. En los programas los comentaristas siempre hablan de cosas positivas, eso sí, lo hacen con un lenguaje muy divertido; utilizan muchas deformaciones de las palabras en español. Escuchando un programa acabé por darme cuenta de una cosa: conozco todas las palabras que utilizan en esta emisora, seguramente todos en esta ciudad las conocen; lo raro es que no utilizan muchas palabras nuevas; se supone que el lenguaje evoluciona todo el tiempo, pero en esta emisora parece como si estuviera congelado; por supuesto que hoy en día hablan de emails y celulares en vez de cartas y teléfonos. pero lo esencial, lo jugoso, «la frescura» de su lenguaje es siempre la misma. Después de este descubrimiento el viaje en autobús ya no se siente tan eterno.

Finalmente llego a mi casa. La comida está servida sobre la mesa. Mi mamá mira una novela sobre la vida de Diomedes Díaz, uno de los más grandes músicos vallenatos de nuestro país. Me siento un rato a pasar tiempo de calidad con ella; se acaba la novela y subo a mi cuarto. Allí está esa Verdammte Schei e, por culpa de esta computadora es que ando después de Babel, gracias a este aparato heredado por mi padre me he condenado a mi mismo a vagabundear por las patrias del lenguaje tratando de averiguar qué significa el rótulo con las palabras «Peniso Vizaĝo», el cual

seguro debe ser la contraseña para acceder a la información de la computadora. Ya intenté buscar el significado de esto por internet, pero no me ha aparecido nada. El traductor en línea aún no posee muchos idiomas. A diario gasto una hora tratando en vano de adivinar la contraseña. Intento con algunas palabras que aprendi hoy: «deklination», «Artikel», «Steiner», «Heidegger», «gebärdet» «Rindfleischetikettierungsüberwachungsaufgabenübertragungsgesetz». Debo ser más estratégico, tal vez decir «sí» ayude un poco.

El padre

Todo está saliendo correctamente, han pasado dos años desde que se inició todo esto; al parecer a la gente del «Protocolo 91.2», también le está yendo muy bien; pero sería tonto que ellos pensaran que su iniciativa es mejor que la nuestra; sé que su reinado no durará mucho tiempo; seremos nosotros quienes nos impongamos mediante la genética, mediante el pleno manejo del lenguaje que nos constituye a todos los seres vivos. Sé que los jefes del «Proyecto» planean recortar el presupuesto del ala de investigación genética. Pero sé que el prototipo estará listo justo antes de que eso pase, por eso puedo decir entusiasmado que todo está saliendo correctamente. Muchos de mis colegas han perdido la fe en esto, no fueron capaces de esperar un par de meses más para saber el resultado de la iniciativa y decidieron acudir al llamado de centros de investigación más conservadores, ¡Como si se pudiera ser conservador en este oficio, en estos tiempos!

Es hora de ir a casa. Sé muy bien que no hay nada bueno en la radio, o tal vez yo no tengo los oídos para escucharla. Seguramente algún día dejaré de resistirme. Siento que

no tardé nada en llegar a casa. Muy bien. Me encuentro a María, mi mujer; hace 7 meses que está embarazada, repentinamente hace 7 meses que es el centro de mi universo. Ella no habla mucho y siempre me espera en casa, es una buena chica, lástima que tenga que dejarla. Sigo trabajando desde mi computadora personal. Debo tener todo en orden para cuando el prototipo esté en marcha. Tengo que proteger mi información de posibles espías, así que tengo configurado mi computador en idioma esperanto. Este es mi idioma favorito, ya que es un idioma artificial, creado para ser entendido por la gente de todo el mundo; en cierta medida recuerda un poco a lo que hacemos todos los del «Proyecto de costeñización humana»; claro está que nosotros somos más estratégicos, y por eso triunfaremos.

El hijo

El libro que ella me prestó no era tan necesario después de todo, pero fue interesante al fin y al cabo, tanto como conversar con ella. Creo que es la primera persona a la que le he contado todo lo que soy, incluso le hablé de la enigmática computadora de mi padre, de mis fallidos intentos con respecto al asunto de la contraseña, de las palabras «Peniso Vizaĝo», de que no recuerdo muy bien como es la voz de mi mamá, y cosas por el estilo. Ella se rió de mí un buen tiempo; me dijo que por qué no me había dedicado a la criptografía, en lugar de la traducción; me dijo que también existía la posibilidad de que la contraseña fuera alfanumérica. Naturalmente me sentí un poco avergonzado, porque lo que ella decía era cierto; disimulando mi turbación, yo le respondí que mi vida no giraba en torno de esa maldita computadora,

que yo también tenía una vida que vivir, lejos de la sombra de mi padre.

Últimamente las clases se han vuelto un poco más difíciles, dado que estamos en las semanas finales del semestre. Estoy haciendo un pequeño ensayo sobre el concepto de lingua franca, es decir, el idioma que comparten aquellos hablantes que no comparten el mismo idioma nativo. Me imagino qué habría pasado si en el mundo hubiera triunfado el idioma esperanto; este no es el lenguaje nativo de nadie, pero todos nos entenderíamos mediante su uso. Seguramente sería un mundo distinto. A propósito del esperanto, en estos días el Traductor de Google va a lanzar la actualización 27, en la que se incluyen el esperanto y otros idiomas. Tengo un presentimiento.

Llego a mi casa. Mi madre callada como siempre. Subo a mi cuarto. Aquí viene. Lo sé. Abro la última versión del Traductor, digito «Peniso Vizaĝo», me encuentro un poco abrumado por lo que sale en la pantalla: «Cara de pene». Admito que me dió un poco de risa, no me esperaba algo como esto. Mi padre debió ser un tipo muy raro, su humor no era de lo más fino, sin embargo, creo que no debería aventurarme a sacar conclusiones de mi padre solo ateniéndome a las palabras que usaba. Enciendo la computadora de mi padre, emocionado digito «caradepene», pero el aparato rechaza la contraseña. Intento con otras fórmulas: «carapene», «penecara», incluso lo intento en inglés: «dickface», «dickface123», pero nada funciona. Siento una frustración muy grande, odio a mi padre y a sus malditos juegos.

En un breve delirio de ira, imaginé que ese rótulo no tenía nada que ver con la computadora, sino que más bien

era otro tipo de herencia; este debía ser el nombre que mi padre me dejó, así que arranqué el rótulo de la computadora y me lo pusé en la frente.

El padre

Hoy pudo ser un buen día. Mi mujer está en labores de parto. Yo estoy esperando lo inevitable. Estoy sentado en la sala de espera, frente a la máquina expendedora, pensando en lo que debo hacer en las siguientes horas. Definitivamente el niño y ella no pueden venir conmigo, nos rastrearían muy rápido, creo que lo mejor es que yo me vaya solo, y que actué por él desde las sombras, después de todo no puedo dejar mi trabajo tirado así como así. Los altos mandos quieren mi cabeza; es lógico, el ala de genética del «Proyecto de costeñización humana» fue desmantelada hace poco, lo único que hace falta es no dejar cabos sueltos. Yo lo previne hace algún tiempo, por eso tomé las medidas pertinentes. En la última semana me he infiltrado frecuentemente en la base de datos del «Proyecto», y he recopilado información valiosa sobre el «Protocolo 91.2». Todo está guardado en mi computadora personal. Tal vez no sea buena idea que yo me la lleve, pues algún día ellos me van a alcanzar. Creo que lo mejor será dejársela al chico, con una contraseña especial. Si él es en verdad el primer ser humano genéticamente modificado con el «Protocolo 91.2», entonces podrá descifrar el código con facilidad. La única pista será un rótulo con las palabras en esperanto: «Peniso Vizaĝo». La clave está en sus genes. Le dejaré la computadora con su madre, ya inventé la excusa perfecta para abandonarlos. Es una pena que la gente del «Proyecto» nos traten a mi trabajo y a mí de esta forma: yo

esperaba que mi hijo fuera un intrón en la evolución del ser humano, pero los del proyecto lo han tratado como un exón

El hijo

De acuerdo, ya me he calmado un poco. Definitivamente «Peniso Vizaĝo» significa algo, es algo traducible. Tengo que pensar en la forma correcta en la que esto debería ser traducido. Lo que escribí hace un momento fue una traducción literal, pero no fue suficiente. No recuerdo muy bien de que se hablaba en Después de Babel. Recuerdo que en el primer capítulo hablaba sobre unas obras de Shakespeare, o algo así; el nombre del capítulo era «Traducir es entender» o «Entender es traducir» o algo similar. Lo terrible de este asunto es que no logro entender o interpretar bien qué significa eso de «Peniso Vizaĝo», es una frase sin sentido, tal vez tenga implicaciones psicoanalíticas o algo por el estilo. ¿Cómo podría darle sentido? ¿Por qué una contraseña debería tener sentido? Creo que estoy perdiendo la razón. Debo relajarme un poco, le estoy dando mucha importancia a este aparato, tal vez más de la que se merece. En la calle suena «Frescura fm», me digo a mí mismo con tono jocoso: «tal vez necesite relajarme un poco», «tal vez necesite la frescura». ¿Por qué me parece tan extraña esta emisora? Aunque hablan en español, para mí suena como un idioma totalmente distinto, pero al mismo tiempo un idioma que no siento tan lejano. Creo que ya tengo la respuesta. Anteriormente había pensado que en esta emisora utilizaban cierta forma de idioma, donde se usaban palabras deformadas del español, una de estas palabras traduce perfectamente «Peniso Vizaĝo». Agarro rápidamente la computadora. Entender es traducir.

Escribo «caremondá», la contraseña aún no es la correcta, escribo nuevamente «caremonda», esta vez sin tilde, ya que rara vez las contraseñas tienen tilde; nuevamente la contraseña es errónea. Tal vez sea alfanumérica, tal vez ella tenga razón. Si es así, ¿Cuáles números podría usar? ¡Por supuesto! «Frescura fm» tiene un número de frecuencia. No tengo ninguna certeza de lo que estoy haciendo, pero este delirio está divertido, así que lo seguiré hasta que la frustración de no conseguir una respuesta me gane. Muy bien, el número de frecuencia es 91.2, Escribo en la computadora «caremonda91.2», nuevamente fallo; ahora lo voy a intentar sin el punto: «caremonda912», es curioso que los números me recuerden mi fecha de cumpleaños: Septiembre 12, pulso la tecla de confirmación y se desbloquea la computadora. Quedo totalmente pasmado. En verdad no me esperaba algo así, lo encontré casi dejando de buscar, muy al estilo de los libros de superación personal; pues no me siento superado, pero sí me saqué una espina muy grande del culo con este hallazgo. Casi todo está en palabras similares a la frase «Peniso Vizaĝo», seguramente está configurado en esperanto, no sé qué carajos pensaba mi pa' con esta joda del esperanto, el caremondá ese estaba bien chiflado. Entre todos los archivos hay tres que me llaman la atención porque están escritos en español, los voy a abrir.

El espíritu (o el fantasma)

Archivo #1: «Proyecto de costeñización humana»

Han pasado casi dos siglos desde que este territorio se independizó de España. Muchos de nosotros hemos trata-

do crear una sociedad unida por el espíritu de patriotismo, pero ese intento no se ha visto reflejado en la realidad de nuestros días, en donde hay una nación separada por cientos de ideales, que en algunos casos son contrarios a los fundamentos con los que esta noble nación se fundó. El crimen y la perversión de algunos individuos ha triunfado más que la voluntad del pueblo, y por supuesto, de nosotros, los gobernantes. ¿Por qué es necesaria esta cohesión nacional? Es muy simple: los países más desarrollados, los más prósperos y grandes son los que tienen un pueblo unido, con una plena conciencia de que viven para su país. Naturalmente no estamos de acuerdo con todo esto, hace un buen tiempo que una filósofa alemana dijo que la nacionalidad o el credo religioso no son más que puro azar, sin embargo, el contexto de nacionalismo es perfecto para llevar a la gente de esta nación por el camino adecuado. Después de años de investigación, hemos llegado a forma definitiva de crear el contexto de patriotismo más adecuado para nuestras necesidades: usaremos el lenguaje. Mediante el lenguaje nos entendemos tanto con nosotros mismos como con los otros, logramos manifestarnos mediante símbolos, imágenes, gestos, y compartimos un idioma en común: el español. Nuestra iniciativa es alterar los parámetros de dicho idioma, para afectar la forma en que actúa la gente. No trataremos de censurar palabras ni nada por el estilo, solo propondremos una mejor alternativa, una más cómoda, una más fresca; un dialecto que domine al pueblo, pero que a la vez sea dominado por nosotros.

Hemos decidido alterar y difundir el español que se habla en la región caribe, conocido como costeño, ya que este dialecto es sin duda alguna el más seductor, con este dialec-

to alterado la gente se verá provocada a seguir una ilusiòn de comodidad, de frescura, que nosotros falsamente les ofrecemos.

Los parámetros para llevar a cabo nuestra tarea están encriptados en la reciente Constitución de Colombia, no es gratuito que en la introducción se mencionen cosas como «Fortalecer la unidad de la nación y asegurar a sus integrantes la vida, la convivencia, el trabajo, la justicia, la igualdad, el conocimiento, la libertad y la paz, dentro de un marco jurídico, democrático y participativo que garantice un orden político, económico y social justo»; si bien los políticos construyen la legislación de este territorio, obligatoriamente lo hacen con los parámetros que nosotros les hemos impuesto. Nuestro dialecto artificial es lo que se necesita para fortalecer la nación. Para finalizar este manifiesto, me gustaría añadir otra cita de la Constitución de nuestro proyecto: «invocando la protección de Dios»; a través de este nuevo vínculo que queremos entablar entre el pueblo colombiano y nuestro dialecto artificial, el pueblo creerá que puede invocar una entidad suprema que los protege, que los fortalece como unidad, cuando en realidad los hace más vulnerables, más moldeables.

Atentamente: El comité de la octava papeleta.

Archivo #2: Objetivos del «Protocolo 91.2»

Como se establece en la decodificación de la Constitución de Colombia de 1991, se ha dado lugar a un estamento denominado «Proyecto de costeñización humana», el cual busca someter a la sociedad colombiana ante un tipo de

dialecto programado para alterar la operatividad de dicha sociedad. A partir de esto, se ha establecido el «Protocolo 91.2», que busca la forma de difundir estratégicamente dicho dialecto a lo largo y ancho del territorio colombiano. El plan piloto de este «Protocolo» será una emisora de radio, la cual iniciará su transmisión en el doce (12) de septiembre a las 00:00 horas. A partir de entonces, se evaluará el desempeño de este plan, y de ser necesario se diseñarán nuevas estrategias. La emisora se llamará «Frescura fm», el número de dial en el que se transmitirá es el 91.2

La primera fase de este proyecto será netamente auditiva, sólo se ejecutará en medios de difusión radiales, ya que se usará la capacidad seductora voz humana como herramienta primordial para la difusión de nuestro dialecto alterado. Se cree que utilizar medios de difusión audiovisuales podría afectar el pleno despliegue de dicho dialecto, ya que la simbiosis entre imagen y palabra pueden crear una polisemia que agrandaría los límites de la interpretación, y la esencia del dialecto alterado puede perderse fácilmente entre las múltiples interpretaciones. Sin embargo, desde ahora se están elaborando estrategias para utilizar los medios audiovisuales a nuestro favor. Hasta ahora, las estrategia más poderosa sería la de crear una «mitologia», cuyo eje central sea el dialecto alterado; creando personajes, anécdotas, situaciones, que no tengan una relación simbiótica, sino más bien de dependencia o subordinación, con el dialecto.

Fecha: 27 de agosto, 1992

Atentamente: El comité de la octava papeleta

Archivo #3: Las palabras de Babel

Para mí hijo:

Te saludo desde el pasado. Sabía que lograrías descifrar la contraseña, no cualquiera puede hacerlo, ya que hay que tener un sentido especial para discernir la esencia del dialecto utilizado por el «Proyecto de costeñización humana». Eres el siguiente paso en la evolución del ser humano, fruto de años de investigación científica. Pero por la insensatez de algunos seres humanos, también eres los restos de dicha evolución, de dicho camino que seguramente morirá contigo. Tú eres el primer y único humano con predisposición a la «costeñización humana», el resultado de una simbiosis experimental entre el gen y el meme. No hay otros ser humano que pudiera saber la contraseña, tal vez solo por adivinación, o por destreza en la criptografía.

Las palabras que encontrarás en está computadora son voces de fantasmas. Probablemente la mayoría de las personas involucradas en el «Proyecto» ya han sido ejecutadas. Yo, como fantasma, te quiero impulsar a la venganza, ya sabes, al estilo de Hamlet. Lo que espero de tí es que arremetas con todo lo que tienes contra lo que quede del proyecto. En esta computadora seguramente encontrarás las pistas necesarias para ir tras de ellos. Por ser quien eres, tienes el deber de hacer algo al respecto.

La torre se ha caído. Tengo que huir antes del castigo.

Fecha: 12 de septiembre, 1994

Alberto González

El hijo

¡Mierda no joda! ¿Qué hago? ¿Seguir investigando sobre esta vaina? ¿Echarme a dormir? Antes que nada tengo que aaaaghhhhghghagahaghgahaghgh...

La virgen María

Entro en escena. Luego de que se queda completamente quieto, le quito la bolsa de plástico de la cabeza, creí que lucharía un poco más, me recuerda un poco a su padre. La computadora está encendida, desbloqueada, justo como debía ser. Aunque desempeñó su papel con demora, lo hizo correctamente. En silencio, le presté mucha atención a la calidad de su interpretación, tal como me lo ordenaron, no fue nada fuera de lo común, excepto cuando adivino la contraseña de la computadora, en ese momento algo en su forma de ser cambió, no se expresaba como siempre, pero parecía más consciente de sí mismo. Agarro el teléfono:

—Está hecho.

—Muy bien. Déjanos un informe sobre tu trabajo.

Dejo su cadáver sobre el suelo, ellos pronto vendrán a recogerlo. Los cabos están atados, supongo. Al final el silencio le gana hasta al más parlanchín. Por eso me recuerda a su padre.

Al océano

Carlos O. C. F.

Sentada junto al pequeño montículo de tierra, Julia sintió sus ojos anegarse en lágrimas al recordar la leve esperanza que había tenido durante los primeros días. Permaneció allí hasta que el desgastado reloj de su muñeca le indicó que era ya medianoche, recordándole que debía descansar. Se puso en pie, y miró por última vez el montículo, triste sepulcro del pequeño que ella misma había alumbrado, sintiendo cómo su espíritu se derrumbaba una vez más; casi deseando quedarse allí a su lado a esperar el reencuentro que inevitablemente llegaría. No supo de dónde obtuvo la fuerza para darse la vuelta, pero la tuvo, y temiendo no lograrlo después, emprendió presurosamente la marcha de regreso. Julia jamás había llegado a conocer mucho del mundo, más allá de las imágenes que su ancestral abuelo lograba dibujarle con sus benevolentes palabras, pero de todas aquellas que ya nunca vería materializadas, había una que había permanecido para siempre en el rincón más recóndito de su mente, no sólo por la vastedad trascendental que la descripción de su abuelo le confería, sino también porque era, si no sencillamente, sí posiblemente accesible para ella: el mar.

Lo habían planeado durante las dos últimas semanas, desde el momento en que Julia se había enterado (en la última transmisión antes del silencio absoluto) de que no quedaba ya nada más qué hacer. Ella no se lo había dicho de esa manera al pequeño Nicolás, por supuesto; lo último que hubiera querido para su hijo era que conociera la desolación que causa en el alma la extinción de la esperanza más primitiva. Le había dicho que junto al mar habían personas, poderosos hombres y mujeres que podían producir aquello de lo que pronto ya no quedaría en la tierra: calor. Había resuelto ir con a su hijo a esperar, a la orilla del idílico reino acuático que su abuelo le describía con gesto ensoñador, en un tiempo ya muy remoto, la llegada del sueño último, del que ya nadie lograría escapar. Pero en la última semana, el desastre se había precipitado de una manera que nadie había previsto: la temperatura no había descendido los diez grados que supuestamente descendería; la mañana del miércoles había veinte grados menos de calor cobijando lo que poco antes había sido tierra tropical. No hubo saco, chaqueta o abrigo que pudiera devolver el color al rostro de Nicolás; ninguna fogata, guarida improvisada o cobija de piel que impidiera que su frágil niño de seis años sucumbiera ante un frío al que jamás se enfrentó antes en su corta vida. Julia notaría después, al final, en un melancólico pensamiento que le haría erizar la piel, que había visto los árboles marchitos por primera vez el mismo día que su hijo había partido.

El camino de regreso era tortuoso, cubierto por infinitas hojas muertas, tierra seca y helada, y constantemente deformado por pequeñas colinas que, en medio de la inerte oscuridad que cubría el mundo, constituían un peligro para

quien se aventurara a atravesarlas. En otra época, Julia habría desesperado al encontrarse sola en medio de una penumbra tan aplastante, pero al comparar la absoluta e impenetrable oscuridad del día con la tenue luz que en la noche lograba arrojar sobre el mundo la luna, se daba cuenta con tristeza, un poco irónica, de que era la llegada de la noche lo único que anhelaría de ahora en adelante. Finalmente, dirigiendo la linterna hacia el estrecho claro en el que el refugio le aguardaba, y tratando en vano de ignorar el viento cortante que casi que había imposibilitado su marcha durante los últimos diez minutos, corrió rápidamente, ansiosa por llegar junto al fuego que había dejado encendido antes de partir a despedir lo que quedaba de su hijo.

Antes de dormir, Julia decidió que partiría a primera hora de la mañana, llevando sólo lo que pudiera necesitar para asegurar su llegada. El viaje sería largo, pero no se detendría, honraría esa infantil ilusión final. Decidió terminar, asqueada, de comer la poca carne que quedaba, la asó en la fogata y trató de imaginar que era pollo, ignorando su dureza y su sabor agrio, mientras la masticaba. Aún recordaba dolorosamente cómo la había obtenido. Había dicho a Nicolás, además, que era de cerdo, por supuesto. Sus ojos se anegaron en lágrimas una vez más al recordarlo, pero se esforzó por apartar tal pensamiento. Guardó todo lo que necesitaba en la mochila vieja: la brújula, el mapa, y las pocas latas de conservas que quedaban. Los abrigos se los puso todos, ya en pocos días dejarían de ser suficientes. Se ató el cuchillo a la cintura y se envolvió bajo todas las cobijas, junto al fuego.

Una vez el reloj marcó las tres, Julia decidió que no tenía caso; se puso en pie, poniendo sus manos ante los pocos remanentes, de brillo tenue, de su fogata; dobló meticulosamente las cobijas y, atándolas a la mochila, se dispuso a partir. Un trecho de más de cien kilómetros se interponía entre ella y el Pacífico. Era curioso, pues antes hubiera sido muy fácil, de una u otra manera, cubrir esa distancia, incluso en tan sólo un par de horas. ¿Por qué, en sus treinta y tantos años, jamás lo había hecho? En silencio, mientras caminaba, guiándose con la linterna a través de una silenciosa carretera (que apenas hacía unas semanas era una de las más transitadas del país), temblando de frío a pesar de llevar una cantidad innumerable de prendas encima, Julia apretaba sus dientes con una furia que nada tenía que ver con el abrasador helaje que la atacaba por doquier. Caminaba, consciente del absoluto silencio que reinaba en el mundo, preguntándose qué habría sido de aquellos que aún sobrevivían; ¿estarían, como ella, aferrándose a una última e ingenua esperanza de redención? ¿Se habrían entregado ya a la serena espera del sueño último, que más temprano que tarde llegaría? ¿Habrían sucumbido ante la pena de haber sepultado a sus pequeños? Julia se sintió desfallecer ante este último pensamiento, por lo que trató de dirigir su atención al silencio en el que había caído el mundo. Ya la vasta mayoría de los animales se encontraría desperdigada por la tierra, a la espera de algún desesperado que, valiéndose de ellos, intentara postergar brevemente lo impostergable, como aquel que, ahogándose, intenta vanamente encontrar el oxígeno que le permitirá escapar de las implacables garras de la muerte, sólo para llenar finalmente sus pulmones de

agua y alcanzar más rápidamente aquello que busca evitar desesperadamente.

El reloj marcaba las doce del mediodía cuando Julia vio, por una mera circunstancia del azar, el estrecho camino que llevaba a una casa grande y antigua, de esas que, seguramente por capricho, algún capitalino rico había tratado de conservar en su esplendor colonial. Julia sólo se dio cuenta de esto al acercarse e iluminarla con su linterna, por supuesto. La casa estaba en medio de un campo llano y virgen, hasta donde pudo observar, lo cual le hizo sentir escalofríos. Decidió entrar para ver si había algo comestible que pudiera rescatarse. La puerta estaba abierta, por lo que entró con paso apresurado, pero sin hacer mucho ruido, y apenas sí se molestó en echar un vistazo a la cómoda sala familiar, con retratos y fotografías que no revestían ningún interés para ella. Halló la cocina al fondo de la enorme casa, y muy a su pesar, se dio cuenta de que estaba totalmente vacía. Estuvo un momento parada en medio de la estancia, con los ojos cerrados, meditabunda, y finalmente se dispuso a volver por su camino. Estaba ya llegando a la puerta cuando un crujido a sus espaldas la hizo volverse bruscamente. En su afán, no se había molestado en echar un vistazo a ninguno de los cuartos de puerta cerrada. Ahora, un bulto de poco más de un metro de altura emergía de la penumbra de una de aquellas habitaciones olvidadas. Aterrorizada, Julia permaneció inmóvil, con la linterna iluminando el pequeño bulto; no tardó en ver un par de ojos grandes y brillantes cuya expresión era inconfundible: miedo.

Sentadas junto a la pequeña fogata, en medio de la cocina, Julia y la niña esperaban. Se le hacía inconcebible que

una pequeña de no mucho más de cinco años de edad hubiera sobrevivido en ese lugar por su cuenta, y como no había logrado sonsacarle una sola palabra, el único remedio que le quedaba era esperar. Sus ojos eran brillantes, su cabello rizado y negro, y sus mejillas tenían ese color rojizo de quien ha vivido en tierra fría («por supuesto», se dijo Julia); pero no hablaba, y parecía escrutar el vacío invariablemente. Julia intentó compartirle unas pocas lentejas que le quedaban, pero ella las rechazó con un gesto que le recordó a Nicolás; su corazón se sobrecogió. Por fin, tras un par de horas, Julia logró escuchar un grito que venía de afuera, del camino: «¡Isa!». La niña se levantó apresuradamente, y corrió hacia el sitio de donde provenía el llamado. Julia la siguió cautelosamente y la vio desde la puerta, encontrándose con alguien que, según la escasa visión que la linterna alcanzaba a darle, era una mujer. Su madre, seguramente. Isa señaló hacia donde estaba Julia, y su madre miró a esta con desconfianza.

Julia escuchó a medias la narración de la mujer: que iban caminando hacia occidente, que había un barco construido por personas ricas que estaba esperando sobrevivientes, y que dicho barco finalmente partiría de este mundo moribundo a un planeta cercano que era habitable; que trataban de llegar lo más pronto posible, pues el frío se intensificaba a cada hora que pasaba, y en un par de días ya estaríamos todos muertos, pero que llegarían al barco; que si quería acompañarlas, partían ya mismo. Algo en las palabras de la mujer le resultó curiosamente familiar a Julia, y al fijarse en su expresión, comprendió. La miró con compasión, y aceptó.

Caminaron durante un par de horas; ninguna hablaba, pero Isa de vez en cuando se adelantaba unos pocos metros correteando y saltando, haciendo sonreír a Julia. Después de un rato, seguramente por el cansancio y por el frío, la niña decidió seguirles el ritmo. El único sonido que perforaba la calma absoluta era, entonces, el de sus pasos, con las linternas guiándolas por el oscuro camino. Al lado derecho de la vía había un insondable abismo y, al lado izquierdo, la ladera de una montaña selvática. De repente Julia les indicó que se detuvieran y que hicieran silencio. La montaña a su izquierda sonaba. Alguien se acercaba (¿un monstruo?), corriendo apresuradamente a través de la maleza. Se reunieron, asustadas, mientras veían surgir a un hombre de aspecto demencial de la montaña: Con un gorro desgastado, tres abrigos totalmente discordantes el uno con el otro, una barba no muy larga, pero absolutamente sucia, unos dientes ennegrecidos y unos ojos chispeantes de desesperación. Se acercó muy lentamente, empuñando un largo cuchillo militar, mientras hablaba: que no sabía cuándo había probado bocado por última vez, que llevaba semanas en la montaña, que había estado encerrado, pero que había podido escapar con facilidad cuando la oscuridad lo cubrió todo, que no tenía opción, tenía hambre y la niña tendría buen sabor. Se abalanzó sobre ellas, pero Julia se adelantó y recibió el primer golpe. Forcejeó, y gritó. El hombre trató con furia de apartarla, pero Julia no cedió. Exclamó: «¡Corran! ¡corran!». Mientras veía a Isa y a su madre alejarse corriendo y tras sonreír durante una milésima de segundo, Julia luchó.

Tierrita

Atti Smeth

Es que yo le quiero dejar un pedazo de tierra a mi hermano sordo, porque ya está gordo, así sea para ponerlo allá y que haga cualquier cosa, construir un ranchito o cuidar vacas, eso le gusta. No me preocupa que sea mala idea, no, no lo es. Estoy más que seguro, porque cuando pasan en la tele las películas de vaqueros o granjeros, eso se le abren los ojos como si de ahí se proyectará la película, todo lo que ha imaginado lo ve moviéndose en esa cajita cansada de vivir.

Él que construya el rancho, y yo le pago la antena pa' que no se desconecte del mundo y tenga como enterarse de lo que pasa en la patria. Si me dice que no quiere cajita luminosa, no se la gasto: mejor pa' mí.

El cuentico de la soledad no le quita el sueño, se acostumbró de chiquito cuando le tocaba quedarse sólo en la casa. Mi mamá trabajaba todo el día y nosotros también ya nos la rebuscábamos, ques, aún lo hacemos, ya la malicia indígena lo ayuda a uno, y como él es sordo le tocaba esperarnos a que regresaramos. Nadie sabía qué hacía toda la mañana y tarde hasta que oscurecía.

Me acuerdo mucho del día que se embotó de tanto tinto que tomó, había tenido un'ambre, pobrecito, sólo sabía hervir el agua y poner la media con el polvo café. Ese día cuando llegué yo, mi mamá le estaba sobando la panza hinchada con una franela remojada en agua tibia, y lloraba. Mi viejita lloraba siempre que le sobaba la panza con el trapito rojo; es que a ella le era costumbre chillar siempre que lo veía. Cuando chiquito ella lloraba cuando le daba leche. Sí, mi hermano sordo se crió con leche llorada, por eso la mirada se le hizo triste, él no nació así. Mis hermanos también recuerdan mucho ese día, sumercé no se imagina la pena que nos dio.

Ahora sí, ya sabe por qué el afán del lote, se lo recomiendo. Vea, si me lo consigue barato y en un monte sano al que no haya entrado el odio, le juro que todas las noches doblo rodilla y pido por usted al altísimo. Bueno, no me hago ilusiones, pero es que yo sí quiero que mi hermano sordo tenga su ranchito, sus vaquitas, y eso sí, que nadie lo vaya a estar jodiendo, ni los de las botas negras. Ya sabe, se lo recomiendo que me cogió fue la noche. Ta'luego.

Un muy mal héroe

Andrés

—¿Te gustó la peli?

—No mucho, la verdad.

—¿Por qué? A mí sí me gustó bastante.

—No estoy muy segura, pero nada más el villano, por ejemplo. A mí me gustan los buenos villanos, y ese villano era muy malo.

—¿Por qué? Era súper-divertido.

—Precisamente por ese tipo de cosas: era casi un payaso, era lengüisopo, ¡y se vomitó cuando lo mataron!

—Pues le daba asco la sangre y vio la suya, además ese negro es buen actor.

—¿Samuel L. Jackson? Sin duda, es muy buen actor. Pero ese personaje es muy malo, ¿entiendes que es un villano que planea asesinar a casi toda la humanidad y le provoca náuseas la sangre? Y es que, ¡¡¡¿qué clase de villano se vomita cuando muere?!!!

—Pues dicen que al morir, se pierden las funciones cerebrales sobre el cuerpo, además de que los músculos se relajan, así que... podría ser.

Nuestros héroes no sospechaban el plan que al otro lado de la ciudad se fraguaba.

Al otro lado de la ciudad...

—¿Qué tal te va de parrillero?

—¿De pato? Bien, ya se me quitó la maña de bajar el pie cuando se detiene la moto.

—Qué bueno, porque esta vez, cual sicario, le vas a disparar a alguien desde la moto.

—¡Cool! ¿Alguna víctima en específico?

—No, tú elijes, quien se te antoje.

—Y, ¿qué moto tienes?

—¿Cuál te gusta más? Está la Ninja o la XT-660.

—Si es como sicario, la XT siempre, quiero la experiencia completa.

Volviendo con nuestros héroes...Discutían aún sobre la calidad del villano presentado en el filme recién visto mientras salían tranquilamente por la puerta N.º 1 del centro comercial.

—¿No viste cuando mató a Harry? ¿Se llamaba Harry?

—Sí, Harry. Y definitivamente sí es consecuente. Durante toda la película van construyendo al personaje así; el problema no es de verosimilitud, el problema es que es un villano ridículo. No puedo creer que se haya vomitado cuando lo mataron, es absurdo. ¿Imaginas al General Zod vomitando u orinándose cuando Superman le torció el pescuezo? Ese villano es como salido de un mal cómic.

—Sí, creo que en eso sí tienes algo de razón. Es curioso que digas lo del mal cómic, creo que esa película salió de un cómic, creo que del mismo autor de *Kick-Ass*.

—¡¿*Kick-Ass*?! ¿En serio? No sé cómo se descachó el autor esta vez, porque *Kick-Ass* sí tiene un muy buen villano, y la muerte es espectacular.

—¿En la película?

—Sí, en la película, no conozco el cómic, la verdad.

—¿Cuál es el villano? Yo no me acuerdo.

—Es muy genial, Frank D'amico, un matón mafioso, a mí me gusta, y lo vuelan al final con una bazuca. Era Merlín en esta.

—¡Ahh! Ya me acordé, pues a mí se me hace súper-normal, es un villano como cualquier otro, este en cambio es divertido.

—No sé cómo te gusta, la verdad.

Al otro lado de la ciudad, en la guarida de nuestros villanos...El jefe ya había salido de allí, pero antes de irse le había encargado al matón N.º 2 —puesto que el N.º 1 tenía el día libre— detalladamente el plan de asesinato que ejecutaría el villano. El matón N.º 2 conduciría normalmente por la Av. Boyacá hacia el norte, tomaría la Cll. 80 hacia el oriente, NQS-Autopista Norte-Cll. 134 y finalmente, Cra. 19 nuevamente hacia el norte. Ya en la Cra. 19, bajaría la velocidad cuando el pasajero decidiera, apenas este disparara 2 veces, aceleraría la moto a todo lo que da y desaparecerían de ahí, siendo la 19 casi un suburbio, sería fácil ocultarse.

—No men, no te escucho nada con ese casco puesto, quítatelo un segundo.

—¡¡¡Bueno!!!—¡Fuip! (El matón N.º 2 se quitó su casco)— Yo cojo la 19 ahí en la 134, usted me golpea 2 veces el casco y yo le bajo a la velocidad pa' que usted dispare. Ape-

nas yo oya los 2 balazos se agarra duro porque yo acelero esa joda.

—Oiga.

—¿Qué cosa?

—No, que se dice: «Oiga», no oya, te equivocaste men.

—Siga jodiendo y levanto la moto y lo dejo allá botado.

—Tranquilízate men, cómete un Snickers.

Los villanos entonces abrocharon sus cascos y arrancaron. Las calles de la ciudad estaban vacías, así que la moto, cual bólido, llegó a la Cra. 19 en algo más de 20 minutos. Mientras tanto, nuestros héroes en un lugar ya no tan lejano, discutían sobre donde abordaría el transporte nuestro héroe…

—Pues vamos allí a la 19 que pasan como 3, en la 9na solo te pasa el T11 y es más lento, la verdad.

—Yo te sigo, ando perdido desde que llegué.

—Caminamos aquí dos cuadras y ya, ahí pasando el semáforo está el paradero.

—Ahh, listo, vamos.

Nuestros héroes entonces se fueron…

Dos cuadras después…

—Solo cruzamos el semáforo y allí está el paradero, creo que te sirve el 260 si no estoy mal.

—Espero tener carga en la tarjeta, se me olvidó recargar.

—Ojalá sí, porque a mí no se me ocurrió sacar la mía, la verdad.

Sospechosamente llegaban nuestros villanos y el semáforo convenientemente estaba en verde…

—¡¡¡Frena men!!! ¡¡¡Esos!!!

De improviso, frente al par de jóvenes, una moto disminuyó la velocidad y el pasajero sacó un arma del bolsillo de su chaqueta…

¡PUM! ¡PUM!

La moto entonces aceleró y desapareció. Nuestro héroe solamente alcanzó a cubrirse los oídos, no vio cuando su compañera cayó de espalda por el impulso que provocaron ambos disparos en su pecho.

Informe policial:

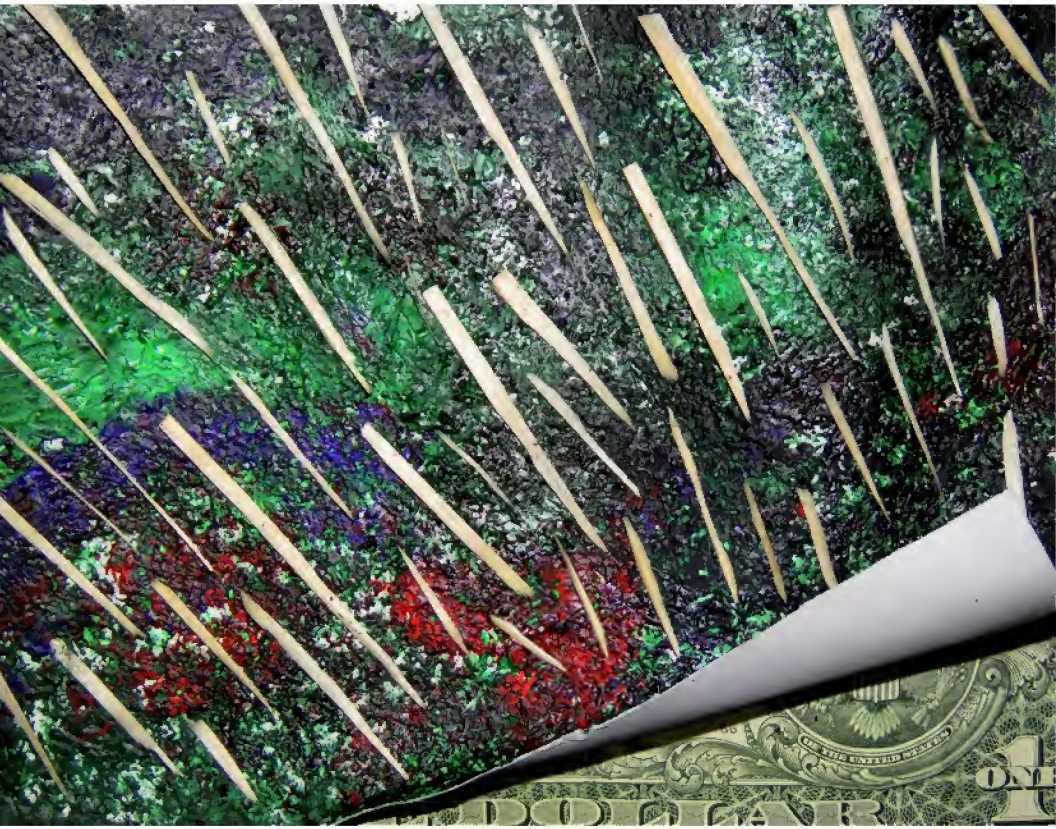
—El día 07 de marzo del presente año, aproximadamente a las 16:30 horas, en la Cra. 19 con Cll. 151, murió la joven Bárbara Díaz, producto de dos(2) disparos en el pecho. Su acompañante, Nicolás Jaula, quien fue testigo de lo ocurrido, afirmó que solamente vio una moto con dos(2) hombres que dispararon de un momento a otro, sin ningún fin aparente. No fue capaz de describir la moto o los sujetos, y solo vio que el pasajero fue quien propinó los disparos a la víctima. ¿Qué más toca poner, jefe?

—Detalle a la víctima.

—Ahhh, bueno… ¿le pongo que se cagó al morir?

Relámpago del Catatumbo

Jhon F. Güechá



I

El bus se detuvo. El río Zulia se había desbordado y no había manera de seguir adelante. Se hacía de noche y los relámpagos eran lo único que iluminaba el camino. Hacía 6 años que el grupo de obreros trabajaba para la *Colombian Petroleum Company* y todos se alegraron al saber que la empresa les permitiría viajar a Cúcuta y pagaría sus estudios.

En la oscuridad, y con la lluvia inundando la vía, no había nada que hacer aparte de rezar, beber, y esperar a que el clima mejorara y que el barro no inmovilizara el vehículo. La gran variedad de ceibas, pinos, cedros y abarcos acentuaban la penumbra, y los destellos momentáneos de los relámpagos ni siquiera les permitía ubicarse. El ambiente húmedo y selvático incomodaba a Ramiro Silva que, a pesar de todo el tiempo que había pasado allí, aún no se acostumbraba y desconfiaba de sus peligros.

Sus compañeros reían y hablaban. Gonzalo y Rodrigo apostaban sobre el ganador del Campeonato: uno de ellos le iba al Cúcuta Deportivo y el otro al Deportes Quindío. Ramiro había decidido estudiar enfermería en lugar de ingeniería como su buen amigo Pacho, que se encontraba dos puestos adelante, hablando con Luis sobre si el pacto entre Lleras Camargo y Gómez acabaría por fin la guerra entre godos y cachiporros. Su tío Alberto, orgulloso de Ramiro por seguir sus pasos, le regaló algunos libros para sus estudios. Para distraerse, a pesar de que entendía muy poco, decidió sacar uno de ellos y leer a la luz de su linterna.

Miró la portada —*Histología Séptima Edición,* el lomo azul y corrugado— mientras pasaba las gruesas hojas sentía que era alguien importante, como si al tomar el libro ya supiera todo lo que debiera saber. Lo abrió en una página al azar y leyó: «Después de fractura, hay hemorragia de los vasos rotos y coagulación; fibroblastos en proliferación y capilares invaden el coágulo y forman el tejido de granulación, el callo previo o callo...».

—¿Y usted qué?— preguntó Jorge, que se encontraba sentado en el asiento de atrás.

—Aquí, leyendo— contestó Ramiro nerviosamente. Cuando la compañía le había permitido escoger una carrera en la cual especializarse, escogió la enfermería sin dudarlo. Quizá como ingeniero ganaría más dinero, pero no quería correr riesgos. Además podría ayudar a sus compañeros cuando se encontrasen heridos y eso lo hacía sentir bien consigo mismo.

—¿Tiene familia en Cali?, ¿Sí supo de la explosión?

—No. Fue terrible. Pero eso sí, una tragedia puede pasar cuando nadie lo espera— respondió. Al escucharse decir esas palabras sintió conmoción. Estaban atrapados en mitad de la selva y, aunque tenían algo de comida, sabía que no se habían preparado para cualquier contratiempo. Si hubiesen salido una hora antes, la corriente del río se los hubiera llevado. Ramiro rezaba para poder salir de allí pronto. La tormenta arreciaba, las gotas golpeaban con fuerza las ventanas.

—Ramiro, ¿está bien?— dijo Jorge, y al no recibir respuesta se alejó, pensando que Ramiro no era el mismo de siempre, que estaba bravo. Ramiro lo vio alejarse, bajó la mirada y siguió leyendo: «Se distinguen dos tipos principales de articulaciones: sinartrosis que son fijas y tienen poco movimiento, y diartrosis...», en medio de sus plegarias.

II

Enrique Maldonado citó a sus más antiguos trabajadores para contarles la noticia. Harry Vanderbilt siempre se quejaba de lo mucho que los americanos cobraban, así que Maldonado le propuso usar a sus trabajadores más veteranos en la compañía para el trabajo, Vanderbilt solo tendría que mandar a un pequeño grupo desde Tibú hasta Cúcuta e invertir en su educación, y como al volver estarían tan agradecidos por la oportunidad que les habían dado, seguramente no cobrarían tanto como los gringos.

Maldonado entró a la habitación. El grupo de 15 hombres lo miraba con atención. Pasó su mirada por cada miembro del grupo. Luis Martínez creía que los despedirían a todos; Jorge Hernández, que les pondrían una tarea especial;

Gonzalo Gutiérrez estaba fastidiado de que los hubieran reunido y Ramiro Silva tan sólo quería saber para qué los llamaban.

—Señores, su trabajo en esta compañía ha sido el mejor.— Todos escuchaban con atención cada palabra que decía Maldonado.

—Así que, para recompensarlos por su trabajo, el señor Vanderbilt y la compañía ha decidido que todos ustedes van a viajar a Cúcuta para estudiar, allí, tendrán dos opciones, pueden elegir entre volver como enfermeros y trabajar en el centro médico o convertirse en ingenieros de la refinería. Se van dentro de una semana, va a venir un bus por todos ustedes, ¡felicitaciones!— concluyó Maldonado con una sonrisa.

La noticia les impactó a todos. Pacho Contreras era el más emocionado: gritaba con alegría que iba a poder enviarle dinero a su mamá. Después de tanto tiempo, sería de los primeros obreros que ascendieran en la empresa.

Ramiro tampoco cabía de la felicidad: ahora correría menos riesgos y ganaría más. Además, podría dedicarse a ayudar a sus compañeros heridos. Sonrió, nada podría salirles mal. Todos se abrazaron. Ramiro sabía que Pacho quería ser ingeniero y que sus caminos se separarían, pero eso no nublaba la dicha de esta oportunidad.

Maldonado abandonó la habitación, orgulloso, y se dirigió a su oficina. En el cielo, aparecían las señales de una gran tormenta que se avecinaba; explosiones eléctricas como fulgores fosforescentes atravesaban el cielo.

III

«En estado fresco, el músculo estriado humano tiene color rosa, por el pigmento en las fibras musculares y en parte por la rica vascularización del tejido, pero hay cierta variación en el color y se han apreciado músculos o carnes rojas o blancas...» leía Ramiro atentamente, pero interrumpió su lectura, porque no podía concentrarse, no lograba entender el misterio que escondían las palabras.

Vio algo moverse en mitad de la jungla; empezó a entrar en pánico, pero no estaba seguro si era el clamor de la lluvia que movía las ramas de los cedros o si realmente algo extraño ocurría afuera. La oscuridad lo cubría todo y los destellos hacían que todo fuera más confuso. Se acercó a Pacho, que entrecerraba los ojos, y se sentó a su lado.

—¿Usted no ha visto algo moverse por allá?— señalaba unos cedros por la ventana y temblaba.

—¿Qué le pasa?— le respondió su compañero, entre desconcertado y somnoliento. Pacho y Ramiro se habían distanciado desde que escogieron estudiar carreras distintas. A Pacho no le cabía en la cabeza que alguien no se decidiera por una ingeniería. Era la mejor decisión, y creía que Ramiro pensaba lo mismo.

—Nada, nada. Olvídelo.— le dijo Ramiro a su viejo amigo.

—¿Está seguro? Jorge lo vio como medio raro cuando habló con usted.— decía Pacho mientras se desperezaba. Para él, Ramiro había cambiado: había sido una decepción enterarse que no quería trabajar con las máquinas y progresar, sino que prefería quedarse encerrado en el centro médico, atendiendo los raspones de los hijos de los gringos.

—Seguro, Pacho, olvídelo. ¿Qué va a hacer cuando lleguemos?

No hubo respuesta. La lluvia parecía detenerse pero otra estaba surgiendo. De entre los árboles, un diluvio de flechas empezaba a golpear los vidrios, haciéndolos pedazos. Las esquirlas caían al suelo y a las sillas. Ramiro cerró los ojos, se agachó y se cubrió con las manos.

Al abrir los ojos de nuevo, no supo cómo reaccionar al ver a su amigo con una flecha atravesada. Del torso de Pacho emanaba sangre. Las puertas estaban abiertas y no lograba ver a nadie. ¿Pedir ayuda? No era una opción. Hacer ruido llamaría la atención de los indios. ¿Gonzalo?, ¿dónde estaba Gonzalo?, él sabía un poco de primeros auxilios. A un metro de Ramiro se rompió otra ventana. No podía dejar a Pacho solo. Ramiro se deslizó a su puesto, buscaba en el libro algo que pudiera ayudarle, pero sólo encontraba esquemas de cortes y figuras abstractas que representaban venas y tejidos. Desesperado, tomó la flecha e intentó sacarla, pero se detuvo al escuchar los gritos de su compañero. Se sentía impotente, no podía hacer nada. Sólo veía como la vida se desvanecía de los ojos de su amigo. Pacho moría, y él también lo haría si no se apresuraba. Se tiró al piso. Escuchaba como las flechas impactaban contra el vehículo y se rompían o caían en las sillas y a su alrededor. Sólo veía en el piso los pedazos de cañabrava que eran tan familiares para él.

IV

—Hermano, está todo bien— dijo Pacho. Ramiro se había desmayado por el calor, sus compañeros lo habían llevado al

casino y lo pusieron en su cama. Abrió los ojos y todo parecía borroso para él.

—Sí, ¿qué me pasó?— se incorporó y se sentó en el borde de la cama.

—Que cayó muerto. Eso le pasa por no desayunar. Vamos. Hay mucho por hacer y no podemos perder tiempo.

Al salir del casino, pudo ver a través de la reja los rostros de tristeza y de rabia de los motilones-barí. Cuando llegaron a trabajar les contaron que para construir la refinería habían ahuyentado a los indígenas con explosivos. De vez en cuando se rumoreaba acerca de los «accidentes» que habían tenido sus compañeros con los nativos. Ramiro, cada vez que encontraba una flecha por ahí tirada, la levantaba y se la llevaba: le parecía ingeniosa su construcción, sus formas, sus colores. Al lado de su cama tenía su pequeña colección.

Volteó su mirada hacia esos rostros, hombres desnudos esperando pacientemente para atacar a la petrolera y recuperar su territorio. Imaginaba que algún día entrarían a la refinería y arruinarían todo el equipo, que lo despedirían a él y a sus compañeros y no le quedaría otra opción a la empresa más que cerrar sus puertas y abandonar el lugar: la piscina de los gringos pasaría a mano de los indios. Pero eso nunca llegaría a suceder.

V

Ramiro jamás pensó quedar atrapado en la guerra de los indígenas con las petroleras. Su trabajo no había sido más que revisar el crudo, transportarlo, arreglar y hacerle mantenimiento a las máquinas. No era un soldado listo para la batalla, era un simple empleado a punto de morir por querer

estudiar enfermería. Por la luz de los relámpagos pudo ver el cuerpo sin vida de su buen amigo Pacho, clavado a la silla del bus.

Le dolía todo, sentía algunas cortaduras. En el suelo, en el mayor de los silencios, se rasgó la camisa, la empapó de la cerveza de una botella que encontró al lado del cuerpo de Rodrigo, y empezó a frotarse el trapo por el cuerpo buscando desinfectar las heridas. No sabía si quienes atacaban habían perseguido a los que huyeron corriendo o se acercaban, quizás buscando encontrar algo en el bús. Se imaginaba que lo verían en el suelo, se burlarían de él por no haber escapado y acabarían con su vida.

La incertidumbre no lo dejaba descansar, intentaba moverse lo menos posible y permanecer en silencio, para ver si escuchaba algo. En medio de un destello pudo ver el libro ensangrentado, y por un reflejo alcanzó a leer «Las paredes de los vasos sanguíneos tienen abundante inervación...». No le dió importancia.

Escuchó algo. Permaneció quieto, tirado en el suelo. Creyó que alguien había entrado en el vehículo. Los relámpagos sonaban a la distancia y de cuando en cuando su luz incandescente iluminaba todo. En sus años de trabajo se había acostumbrado a las tormentas, pero jamás pensó que estos relámpagos pudieran ser tan amargos, tan aterradores como los que escuchaba y veía. Se levantó del suelo, lloraba desconsolado, por no haber podido salvar a Pacho, por el miedo que sentía, ¿saldría de ahí con vida? Su corazón latía con fuerza y sus plegarias jamás habían sido tan fuertes.

Una barca que se precipita al fondo

Valentín Castellanos

—¡Suárez!, ¿dónde está Suárez?

—Aquí, señor.

—A ver, haga el favor y traiga la espátula que hay en la caja de herramientas, y aprovechando que va para el carro, le dice a ese parchesito de allá que respeten y que si siguen tomando fotos les quitamos el celular y les ponemos un parte.

—Sí señor.

—¡Manrique!

—¿Qué quiere?

—¿Cómo que «qué quiere»? Asómese a ver y no me haga subir para enseñarle disciplina.

—Sí señor.

—Oiga, bájese una cobija o una sábana para tapar todo esto, que aquí hay mucho amarillista.

***

Dentro del séptimo piso, contiguo a la ventana, en la esquina del cuarto, sobre la mesita de noche, junto al cenicero, bajo la luz de la lámpara, en el reverso de una hoja usada, todavía

oliendo a fresco, con un marcador azul de punta gruesa, la letra grande y una caligrafía firme y delicada, quedaron escritas estas palabras:

«El silencio viene:
Se seca el estanque,
Caen las hojas».

***

—Ya no hacemos nada, nunca salimos. Desde que pasó lo de tu hermana te quedaste como alelado. Si no te conociera desde antes, diría que vienes bobo de nacimiento. Cómo puedes decirme que —con un agudo arremedo:— «no es pod mi hedmana, es podque el mundo no me gusta». Yo hago parte del mundo, Pablo, y si estoy aquí es porque te estimo y porque tú dijiste que me amabas, que querías arreglar las cosas. Ahora yo te pregunto: ¿arreglar qué? Tú eres el que está roto. Arréglate tú y tu vida y, si entonces yo no estoy con alguien más, ven a buscarme. ¡Estoy agotada! Te llamo, no contestas; te escribo, no respondes. Era tu puto cumpleaños, Pablo, ¡tu puto cumpleaños! Yo no tenía por qué hacerlo, pero ya ves. Quería celebrar tu nacimiento, pedí permiso en el trabajo para llegar temprano, pagué un grupo y separé una mesa para ambos. ¿Qué pasó? Cuando fue la hora, no llegaste. Bueno, dije yo, como es hora pico el transporte debe estar difícil. Quince minutos y nada; media hora y lo mismo; una hora, hora y media, dos horas y, cuando tenía mamados a todos tus amigos y había preguntado a media ciudad por ti, me escribiste, ni siquiera me llamaste, me escribiste que «los cumpleaños te hacían reflexionar sobre tu pasado y que preferías estar solo». Come mucha mierda, Pablo, sola esta-

ba yo, con una mesa para dos y un grupo de música que ni me gustaba. Pero eso sí, tu cumpleaños duró casi un mes, porque hasta ahora te vuelvo a ver. Y tan descarado vienes y te presentas a mi trabajo para preguntar por mí: «¿Edtá, Laura?» Está, pero no para ti. Cuando estuve para ti no querías hablar, no querías hacer nada, sólo ver televisión y pedir comida a domicilio. Ya ni sexo teníamos. No sé qué te pasó. Antes eras tú el que me avisaba cuándo y dónde tocaba la Mambanegra, o me decías que fuéramos a tal conferencia y, si bien muchas me parecían aburridas, ahí estaba yo. Me ofende tanto que me digas que no es por tu hermana. Eres el único que no quiere verlo. Dos meses atrás eras una persona completamente distinta. Fue como si me cambiaran el cuerpo, por el maniquí; el humano, por una copia inerte... y estúpida. ¿Sabes?, en el fondo no me importa si es por tu hermana o porque encontraste una paloma muerta en la esquina de tu casa o porque reventó una guerra en Barbados. Ya aguanté demasiado. Meses atrás, tú lo sabes, muchos amigos me decían que te dejara, que ibas a hundirme contigo. Y lo has logrado, me has hundido. Pero si mi madre y mi abuela me han enseñado algo es a bracear muy fuerte para salir del fondo del pozo séptico. ¡Ey!, mírame a los ojos. Perdona si soy algo brusca, Pablo, pero porque te quiero te digo las cosas claras. Yo no puedo seguir viviendo en tu vida y tú no puedes seguir viviendo de la mía. Sigue mi consejo, levántate, busca ayuda profesional, tienes que empezar a cuidar de ti mismo, yo ya no voy a hacerlo: no soy tu madre.

***

La madre de Pablo murió cuando él tenía nueve años. Digamos que murió por un cáncer, porque en este país sólo se muere por violencia o por cáncer. Lo cierto es que los médicos nunca dieron con su mal, la examinaron —torturaron— durante meses hasta que la vieron hinchada como los bolsillos de un político promedio y la mandaron para la casa. Cuando los familiares preguntaron a los enfermeros «¿qué cuidados debemos tener?», les respondieron «denle lo que pida». Ella pedía a sus dos hijos y se iba a dormir con ellos todas las noches, abrazándolos como a ositos de peluche. Por eso al morir, a la mañana siguiente, rígida como una caña, tuvieron que arrancarle los hijos de las manos.

El padre de los niños, sólo Dios sabe dónde estaba en ese entonces. Se dijo que huyó porque tenía otra familia en Briceño o en Cuítiva. Alguien también contó que lo habían matado por una plata que no le pagó al dueño de una gallera. El caso es que como Dios nunca soltó el dato de su escondite y, después de la muerte de la madre, tampoco lo mandó a traer, ambos huérfanos terminaron en la casa de la tía Gladis, a las afueras de Yaguará.

La tía Gladis estaba contenta de tenerlos en casa. Se podría decir que, sin haberlos formado en sus entrañas, los quería tanto como lo hacía su difunta hermana. Era soltera, según ella, porque se cansó del amor luego de que su esposo se fuera en un viaje de trabajo y no volviera. Sin embargo, lo que hablaba la gente era que un domingo, fue en un diciembre, el esposo llegó a las 5 de la mañana, vio dos maletas repletas junto a la puerta y no hubo manera de que ella lo dejara entrar. Es que ese tipo salía a mujerear y a emborracharse cada fin de semana, y así no hay mujer que aguante.

La tía Gladis no tenía hijos, sólo una perra criolla con la que compartía su finca, compuesta por una casa de un piso y un invernadero «pequeño pero apenas», dedicado al cultivo de flores ornamentales. Luego de una semana habiendo llegado los niños, por ver si se distraían un poco y salían de su resquemor, Gladis los llevó a ver las flores, les contó de sus cuidados y, al final del recorrido, reveló dos regalos que tenía ocultos en una matera. A la niña le regaló una cajita de maquillaje —aumentó su equipo cediéndole varios cosméticos que había dejado de usar—; y al niño, una barca tallada en madera de cedro.

La perra era la única sobreviviente de su camada. A su hermano menor lo atropelló un camión siendo cachorro y a su hermano mayor lo macheteó un campesino por comerse una gallina. Ella llegó a la finca un domingo, después de la hora de almuerzo. Del hocico le salía un chorrero de babas y caminaba como el esposo de Gladis en época de fiestas. Estaba envenenada. Gladis la salvó, indigestándola con melado de panela y obligándola a vomitar. Desde entonces se quedó a su lado, y a su lado estaba cuando los niños llegaron. Sobre todo, la perra se llevó muy bien con la niña. La acompañaba todo el día y hasta se dejaba pintar las pestañas y hacer rulos. Gladis empezó a decir que la perra parecía la reencarnación de una nodriza, o que el espíritu de la madre había entrado en el animal para cuidar a su hija: «solo falta que le dé de su propia leche».

La hermana de Pablo todavía no pronunciaba bien la letra «r», así que llamaba «Clista» a la perra —no Crista como indicaba su placa— y se la llevaba en las tardes a jugar al invernadero. Podían pasar horas antes de que la niña saliera

de su mundo imaginario. En él, ella era la princesa de las flores y Clista, la guardiana de su reino.

Pablo se iba por su parte, esas mismas tardes y esas mismas horas, a jugar con su barca al lindero de la finca, por donde pasaba un arroyo. Le gustaba atrapar insectos para ponerlos a tripular la embarcación y usaba una corteza vieja para simular un barco pirata enemigo. Pablo apostaba la barca en el agua, dejaba que la corriente se la llevara y corría arroyo abajo para recogerla. Un día —en la mañana el celaje se fue agolpando sobre la montaña hasta formar un nubarrón macizo— el agua estaba crecida y Pablo intentó hacer lo mismo. Pero los insectos se amotinaron: soltaron el ancla, abrieron las velas, tomaron el viento en popa y se robaron la embarcación. Al llegar corriendo al mojón de la finca, la barca no estaba a la vista. Viéndola perdida, Pablo revivió la sensación que tuvo cuando murió su madre. Quería llorar, pero no podía. Sentía que, dentro del pecho, bajo las costillas, en el medio de los pulmones, tenía una coladera de carne por la que se drenaban todas sus lágrimas.

***

Las almas, una vez libres de los compromisos de la finitud, son muy dadas a evocar los hechos del tiempo. Les gusta usar la existencia material como su teatro de máscaras y —como lo *saben todo*— no comenten errores en la pronunciación de los diálogos, no evaden ninguna acotación y pueden recrear cada situación y gesto pretérito/venidero.

Siguiendo el aroma de los cartuchos, luego de voltear por una corriente de espuma, Pablo llega al momento en el que velaban a su hermana. Allí está ella —tanto su cuerpo

como su alma desdoblada— esperándolo, porque sabía que él vendría y que él sabía que ella allí estaba. En el escenario las acciones ocurren sin parar, como una roca que rueda por una montaña y que al bajar vuelve también hacia atrás, repitiéndose infinitamente.

Pablo y su hermana se ponen de acuerdo y toman posición en un punto de la bajada.

INT. CASA DE LA TÍA GLADIS / SALA – TARDE
Sin música. Hay una ventana y tres puertas: una puerta de entrada, que tiene las bisagras corroídas; una puerta cerrada, sobre la que está pegado un afiche de Mulán con cinta de enmascarar; y una puerta abierta, que deja entrever una estufa de leña y dos olletas humeando sobre el fuego. Dos hileras de sillas plásticas, butacas de madera y un sofá ajado se apoyan contra las paredes. Al final de una hilera, disimuladamente, varios hombres se rotan copas de aguardiente. Junto a la puerta de entrada, en círculo, varias mujeres cuchichean y se turnan para sopesar el entorno. En el centro, sobre una mesa de comedor, hay un ataúd con la tapa levantada rodeado por coronas

de flores amarillas, blancas y verdes; y sobre este, una fotografía de una adolescente.

La hermana mira su imagen y luego se hace al lado del grupo de hombres, sobre una silla que —sabe— no va a utilizar nadie.

La puerta de la entrada se abre y rechina. Entra el hombre A (52). Silencio. Todas las personas voltean a verlo. El hombre, despacio, cierra la puerta. La puerta rechina. El grupo de hombres deja de verlo. El hombre saluda a las mujeres, una a una, con un pico tímido en la mejilla y luego se excusa. Las mujeres siguen al hombre con la mirada. El hombre se une al grupo de hombres, recibe una copa de aguardiente y hace gestos cuando la bebe. Las mujeres dejan de verlo y cuchichean.

Gladis (55) se asoma ligeramente por la puerta abierta. Cuenta las personas señalando con el índice. Toma las dos olletas y desaparece.

Se escuchan risas infantiles.

Luego de un tiempo, Pablo (20), trasijado y ojeroso, entra a la sala por la puerta abierta. Lleva una bandeja con suficientes pocillos de tinto.

Pablo lo cerca y comienza a imitarlo. Sabe que su hermana presta atención a lo que hace.

Todas las personas voltean a verlo.

La hermana sabe lo avergonzado que está Pablo.

Pablo se acerca al grupo de hombres y cada uno toma un pocillo. Las mujeres cuchichean. Los hombres agradecen. Pablo se acerca a las mujeres y cada una toma un pocillo. Los hombres agregan una copa de aguardiente a cada tinto. Las mujeres agradecen. Pablo sale por la puerta abierta.

Gladis entra por la puerta abierta y se acerca al grupo de hombres. Los hombres abren un espacio y la integran al grupo. Las mujeres la miran.

HOMBRE A
(Extiende una mano)
Disculpe no haberla saludado antes, Doña Gladis, pero usted entenderá que a mí no me gusta entrar en cocina ajena.

GLADIS
(Aprieta la mano extendida)
No se preocupe. Más bien qué pena que nos veamos en estas circunstancias.

La hermana de Pablo se mueve a una silla de la otra hilera.

HOMBRE A
¡Pena de nada!, para qué estamos los amigos si no es para brindarnos consuelo. (Abraza a Gladis y luego la mira a los ojos) No se imagina cómo me puse cuando me enteré. Se me enfrió todo el cuerpo y ¡me dio una tembladera! Ahorita que estamos en su casa es cuando vengo a creérmelo.

GLADIS
Imagínese cómo estoy yo. Una nunca se piensa estas cosas.

HOMBRE B (50)
¿Gusta un aguardientico?, señora Gladis.

GLADIS
No sobra para estas penas.

La hermana de Pablo vuelve a la silla anterior. Pablo sabe lo que su hermana quiere decirle a la tía Gladis.

Gladis toma un aguardiente, sin hacer gestos. Las mujeres cuchichean.

HOMBRE A
Doña Gladis, si me permite decirle algo, con todo respeto. Créame que esto puede parecer muy duro, yo sé que le entra a uno una verraquera y ganas de romper con todo, pero no se vaya a dejar caer, que usted sabe que todo lo que suframos abajo lo veremos multiplicado en bendiciones arriba. No debe olvidar que todos estamos en manos de Dios y no sabemos ni podemos juzgar cuáles son sus planes.

Si bien la percibe como una nube, Pablo sabe que su hermana suspira.

GLADIS
¿Será?

HOMBRE A
¡Claro!, hágame caso. Dios sabe por qué hace sus cosas. Él necesitaba un angelito y mandó a llamar a la niña desde el cielo.

HOMBRE C (38)
Ajá.

HOMBRE D (45)
¡Sí!

HOMBRE E (26)
(Un poco más tarde y moviendo la cabeza de forma afirmativa)
Es cierto.

Silencio.

HOMBRE B
¿Otro aguardientico?

GLADIS
Eso no se pregunta.

Gladis toma un aguardiente.

Pablo

y Pablo

entra(n) por la puerta abierta. Se dirige hacia Gladis y el grupo de hombres, pero una mujer lo llama con la mano. Pablo se acerca al grupo de mujeres.

MUJER A (45)
Pablito, venga, sáquenos de una duda. Estábamos intentando recordar qué es lo que usted estudia, pero no dimos con.

PABLO
Filología Clásica, es algo así como idiomas con literatura.

MUJER A
¡Aah!

MUJER B (47)
¡Oh!

MUJER C (32)
(Un poco más tarde y moviendo la cabeza de forma afirmativa)
Muy bien

MUJER A
¿Sí ven? Yo les dije que tenía que ver algo con Español. (Y luego, presentando o haciendo alago de Pablo con la mano) Pablo es un hombre lo más de juicioso. Cuando uno viene a visitar a misia Gladis, se lo ve siempre entre libros.

MUJER D (39)
¿Verdad?

MUJER B
¡Oh!

MUJER C
¡Qué bueno!

MUJER A
Sí, y en el colegio siempre sacaba las mejores notas y llegaba a los primeros puestos.

Pablo sabe que su hermana aprieta una risilla.

La puerta de la entrada se abre de golpe. Entra Lina (7) gritando. Todos voltean a verla. Gladis se acerca al grupo de mujeres.

LINA
¡Mamá, Mamá!

MUJER B (madre)
¡Qué fue! ¿Quiere dañar la puerta? Recuerde que esta no es nuestra casa.

LINA
Mamáaa, Juan me quiere meter una tijereta en el vestido.

JUAN (9)
¡Eso no es cierto!

Entra Juan (9).

MUJER A
¿Cómo así, Juan?

JUAN
Sólo era u…

MUJER A
¡No quiero saber!

Los hombres cuchichean.

MUJER A
Este no es momento para eso. Vaya siéntese y no moleste. Ya casi nos

vamos. (A Gladis) Qué pena con usted, misia Gladis.

GLADIS
No se preocupe, (con la voz cansada) ni que no hubiera tratado con niños

Gladis mira al suelo y, luego, al ataúd. Pablo abraza a Gladis. El hombre A se acerca a las mujeres.

HOMBRE A
¿Qué pasó?

MUJER A
Juan, que se puso a molestar a Lina con una tijereta.

HOMBRE A
(Hacia Juan)
Más tarde hablamos.

GLADIS
No me siento muy bien.

PABLO
Tranquila, mamá Gladis, vamos a tomar asiento.

Las mujeres cuchichean, mientras Pablo ayuda a sentar a Gladis en una silla.

La silla está junto al puesto de la hermana. La hermana abraza a Gladis.

La mujer A va hacia Gladis, sonríe encogidamente y le pone una mano en el hombro.
Pablo sale por la puerta abierta. La mujer A consiente a Gladis.

El grupo de hombres cuchichea. El grupo de mujeres y el hombre A cuchichean.

Luego de un tiempo, Pablo entra velozmente por la puerta abierta con un pocillo, del cual cuelga una etiqueta de bolsita aromática y del cual se desprende un aroma a yerba buena. Pablo se acerca a Gladis y a la mujer A. La mujer A toma el pocillo y paladea a Gladis mientras le habla al oído. Gladis bebe unos pocos sorbos.

Pablo se pasa una mano por el cabello y da un paso hacia atrás. Pablo gira,

ve el ataúd y hace el ademán de ir hacia el cuerpo de su hermana.

Pablo sabe que su hermana, brumosa, lo observa.

El grupo de hombres observa a Pablo. El grupo de mujeres observa a Pablo. Lina observa a Pablo. Juan observa a Pablo. La tijereta que Juan todavía ocultaba en sus manos sale por una ranura entre los dedos y observa a Pablo. El hombre A observa a Pablo. La mujer A observa a Pablo. Gladis levanta su rostro y observa a Pablo.

Los murmullos van en *decrescendo*. Silencio.

Pablo suspira, toma fuerza, aprieta y suelta los puños, se endereza, se muerde los labios, mira con firmeza, da tres pasos hacia el ataúd para colocarse junto al visor de cristal y...

Pero su hermana flota hacia él y lo aleja de la obra. La escena sigue su camino sin esperarlos y ellos se quedan quietos y silentes. Por lo mismo de que en la muerte el tiempo no transcurre, ellos duran en ese estado una eternidad. Finalmente, su hermana, a pesar de que sabe que las almas lo saben todo

y que por eso no tienen por qué decirse nada, dice «vamos» y se aleja. Pablo la sigue.

***

Periandro estaba muerto antes de ir a caminar por aquel sendero. Era de noche y la luna, dentro del estómago de un nubarrón, apenas brillaba. Se escuchaba el suave olear del mar Jónico entrando en el golfo, los pasos de los guardias que rondaban su casa, el ronroneo de una antorcha que él había recién encendido para llevarla consigo y —hacía poco— el choque de los cascos de un caballo y de una carreta contra la calle empedrada. Periandro había mandado con sus esposas a los trescientos lanceros que lo escoltaban; a los guardias de abajo les ordenó que no lo siguieran. Se acomodó el himatión y se fue a las afueras de la ciudad, al lugar indicado.

40 años habían pasado desde que su padre Cípselo le heredara la tiranía de Corinto. Periandro pensaba que en ese lapso había hecho lo mejor que había podido. Sí, para afianzar su posición tuvo que matar y exiliar a los ciudadanos más destacados —Trasíbulo le aconsejó cortar las espigas más altas de los campos de mies—; pero también había eliminado los impuestos, acrecentado el comercio, encontrado un trabajo para todos los ciudadanos y prohibido el ocio.

Pudo haber matado a Licofrón, su hijo mayor, cuando este lo encaró por haber matado a su madre, su esposa. En lugar de eso, lo envió lejos y lo puso a cargo de Corcira, una colonia de Corinto.

Le pesaba haber creído a sus concubinas y por eso haber matado a su esposa Melisa. Le pesaba la muerte de Licofrón a manos de los corcireses y que la diosa Hera no permitiera su venganza. Le pesaba que Cipselo, su hijo menor, hubiera nacido con los sesos torcidos y que por eso no pudiera heredar su gobierno. Le pesaba el cuerpo y los 80 años que llevaba a cuestas.

Periandro caminaba por una inmensa oscuridad. La luz de su antorcha iluminaba escasamente unos cuantos álamos que unían sus ramas sobre el camino, formando un túnel de hojas. A pesar de la negrura, Periandro pudo adivinar la silueta de dos hombres que venían de frente y se acercó a ellos, sabiendo lo que iba a ocurrir.

Creyendo que su muerte estaba cerca y temiendo que sus enemigos le ultrajaran, Periandro había concebido un plan para esconder su cuerpo y mantener el secreto. Los hombres en cuestión lo matarían y enterrarían allí su cuerpo. Luego vendrían cuatro hombres que matarían y enterrarían a los dos primeros. Luego vendría otro grupo que mataría y enterraría a los cuatro hombres. Y así, hasta que cesara el fluir del tiempo.

***

Me acuerdo de que esa semana íbamos a hacer el parcial del último corte. Pablo vino a mi oficina y me dijo que necesitaba hablar conmigo.

—Ahora no —le dije. Yo estaba al teléfono intentando que la empresa de telecomunicaciones enviara un técnico a mi casa para arreglar el internet—. Búsqueme mañana al final de la clase o el jueves en horas de la tarde, de 2 a 4.

—¿El jueves a las dos? —dijo la operadora.

—¡No, no, no!, el viernes en la mañana.

Pablo, como si no me hubiera escuchado, empezó a parlotear que algo le había pasado a su hermana y que tenía que ir urgentemente a su pueblo

—Discúlpeme un momento —le dije a la operadora.

y que si podía presentar el parcial en otra fecha o que si podía entregar un ensayo para recuperar esa nota. No conociera yo las excusas de los estudiantes, le dije, tajante:

—No. No se puede. Las reglas son las reglas. Todos los estudiantes son calificados de la misma forma, presentan el mismo parcial y tienen el mismo tiempo para prepararse. Ahora, si me permite...

—¿Aló? —dijo la operadora.

—Sí, aló, aquí estoy.

Pablo repitió su conferencia: hermana, urgencia, pueblo, parcial, ensayo. Yo no le creía nada. Era un estudiante promedio: no participaba y sus escritos no eran interesantes pero pasaban. Seguro que algo metía, porque se le veía la cara chupada y varias veces entró a clase con los ojos rojos.

—Tengo un espacio disponible el viernes a las 10 de la mañana —dijo la operadora.

—Bueno, me parece bien —dije yo.

Pablo sonrió, mostrando sus dientes torcidos. Era una sonrisa incómoda, como si tuviera los cachetes tiesos y forzara los músculos para descongelarlos.

—¡No! —le dije a Pablo al tiempo que tapaba el altavoz del teléfono— con usted no estoy hablando.

La sonrisa se derritió y formó una mueca.

— Por favor espere en línea mientras confirmo la cita— dijo la operadora.

—Mire, Pablo, yo ya respondí su pregunta. Si quiere presentar otro parcial tiene que radicar una incapacidad médica en la secretaría de facultad y luego pasar una carta al comité de la carrera explicando la situación. A mí no me siga molestando. ¿No ve que estoy ocupada?

—No importa— dijo Pablo, y luego desconectó el teléfono y lo lanzó contra el suelo.

***

De niño, Pablo tuvo un sueño recurrente: podía respirar bajo el agua y viajaba por los mares del mundo, asustando pescadores y cortando redes. Una vez, por voz de unos peces, Pablo supo de una ciudad oculta en el fondo del océano y decidió ir en su búsqueda.

La sábana

Johan González

Ese día era un niño. Llovía a medianoche. Las tejas de zinc rugían: al parecer estaban siendo reclamadas por la ventisca. La soledad de mi habitación. La barrera impenetrable de mi sábana protegiéndome de todos los males naturales y sobrenaturales. La luz muda que solo dura un instante se anunciaba perezosamente en la ventana. Tres segundos más tarde, llegaba cansado el sonido del alma de una nube colapsada que aterrizó a través de un rayo blanco. El viento cesó, pero la percusión de la lluvia continuaba. Sentí sueño con la canción de las gotas. De pronto pensé que ya no necesitaría más mi sábana impenetrable. Gran error. Justo cuando me la iba a quitar apareció frente a mí otra luz. Esta luz, en lugar de ser muda, gritaba. Su grito era muy blanco, lo suficiente como para dejar sordos a mis ojos por un momento. El sonido llegó al mismo instante, pero no estaba cansado: llegó con mucha energía, como la de un sol que explota y se apaga. En efecto todo en mi casa se apagó. Los rayitos prisioneros de sus redondas celdas de cristal fueron liberados por el rayo mayor. Mientras tanto, yo volví a cubrirme con mi sábana impenetrable. Estaba muy asustado, pero sabía que escondido en ella, el rayo mayor no me podría tocar. El tamborileo de la lluvia se terminó de repente. Mi casa era una noche dentro de una noche y yo solo grité. Ella acudió al llamado, como siempre. Me abrazó y me dijo que todo estaba bien: no era necesario esconderse debajo de las sábanas por-

que solo se trataba de un rayo que fulminó el transformador de la esquina. Yo me quité la sábana de inmediato, no necesitaba protección frente a mi mamá y el arrullo de la canción de todas las noches.

30 años después, nos encontramos juntos, esperando el ascensor para ir abajo. A ella siempre le han dado miedo los hospitales, no soporta ni una inyección ni el diagnóstico fatídico de un doctor. En este momento debo ser fuerte por los dos, así como ella lo fue hace 30 años conmigo. Quiero tranquilizarla con mis palabras, pero el camillero no para de parlotear sobre trámites y papeles. Quisiera decirle que todo está bien, cantarle la canción de todas las noches, pero ahora es ella quien tiene la sábana impenetrable cubriéndola de pies a cabeza. Ahora es ella la que está sorda de blanco y de luz.

—Lo siento, pero no puede bajar a la morgue. Diríjase a la capilla para que le cuenten sobre los servicios funerarios.

Las puertas del ascensor se cierran. No sé porqué estoy más molesto: por haber olvidado la canción de siempre, o porque se me olvidó decirle al camillero que no le quite la sábana impenetrable: a ella le puede dar miedo.

Lo Creible

No Ficción

La presa

Valentín Castellanos

De repente el mundo se dio vuelta y cambiaron de lugar el cielo y la tierra.

Una hora antes, a eso de las siete de la noche, yo había estado bebiendo en el barrio de la Macarena. Se habían acabado todas las cervezas y a la caja de vino sólo le quedaba un cuncho tibio cuando decidí irme para la casa. Varios de mis amigos me pidieron que me quedara. «Es muy peligroso», dijeron. Era tarde, estaba tomado y si quería irme en bicicleta, tendría que elegir entre pasar cerca de dos «ollas» o cruzar gran parte de la calle 19, por una zona poco transitada que en las noches se colma de hogueras improvisadas y de habitantes de calle.

«No se preocupen», respondí, rehuyendo sus brazos. Decidí pasar junto a alguna de esas ollas. Empezaba a llover y yo pensaba que el agua podía persuadir a los criminales de no salir a esa hora.

Bajé muy rápido por todas las calles y avenidas. Quería ser veloz, sentir el choque del agua en mi rostro y que el aroma dulzón de la lluvia se fundiera con el agrio vapor que transpiraba mi cuerpo agitado. Era un Nairo, una Pajón, cruzaba las calles sin mirar a los lados, saltaba a los andenes sin apenas esfuerzo. Llegué así poco más adelante del parque Tercer Milenio y fue allí cuando entré en un vórtice, el mundo se dio vuelta y yo quedé desubicado en el espacio.

De la nada, salió un muchacho joven —dientes separados, jean roto, zapato deslenguado— y, dándole una patada a la cicla, me hizo caer sobre un costado y patinar dos metros sobre unas baldosas color vinotinto.

—¡Bájese de la cicla!— Fue lo primero que entendí.

Cuando miré hacia arriba, tenía sobre mí a cuatro personas, una de ellas con un cuchillo oxidado, de al menos 15 cm., apuntando el filo a mi rostro.

—¡Bájese de la cicla!— Repetían todos a tiempos distintos, mientras unos me agarraban de los hombros y me halaban de la maleta.

Desde abajo, no podía ver bien sus rostros. Por el efecto a contraluz, los veía apenas como una sombra, un nubarrón que venía a devorarme.

Yo, que pienso que es ilógico arriesgar la vida para conservar un objeto, quería entregarles la cicla, la maleta, los tenis y, si ellos querían, la dirección de mi casa para que me robaran de una vez todo y me dejaran tranquilo, libre de

tantas preocupaciones. Pero por la caída, quedé enredado entre la cadena y los pedales y, por más que quisiera, no podía hacerles caso.

Empezaron a golpearme. Me hice un ovillo. Me protegí con la maleta y el casco. Cubrí mi rostro con los antebrazos. «¡No, no!», intenté gritar. Una patada en las costillas me sacó un poco de aire. Cerré los ojos. Pensé en mi madre. Ella me dijo que llegara temprano. Me sacudieron. Me arrastraron. La cicla seguía pegada a mis piernas. Madre ya debía de estar brava. ¿Qué horas eran?, no lo sabía. El agua seguía cayendo. Al interior de los labios empezaba a apreciar un gusto a hierro. «Suéltela, suéltela, bájese, granhijueputa», repetían.

—¿Se va a hacer chuzar?— amenazó, definitivo, uno de ellos. Y yo, lógicamente, que no quería que me chuzaran, intentaba soltar la cicla pataleando con las piernas como una rana recién atropellada.

Escuché entonces un ruido distinto, varias bocinas que venían a lo lejos. Los cuatro muchachos se levantaron, miraron hacia la calle y empezaron a correr, perdiéndose en la esquina más próxima. Me levanté como pude y vi estacionados a dos conductores, de un taxi y una moto, que seguían pitando para ahuyentar al grupo.

—¡Gracias, gracias, gracias!— alcancé a decirles, antes de subirme a la cicla nuevamente y reanudar mi marcha.

A dos cuadras del lugar, me alcanzó el conductor de la moto. Me preguntó por mi estado y me dijo que me revisara el cuerpo:

—Uno de los tipos tenía un cuchillo. Mírese bien que no le hayan hecho ningún hueco.

El alcohol y la adrenalina hacían bien su trabajo. No sentía dolor y como toda la ropa estaba empapada era difícil saber si estaba sangrando. Me quité la maleta, me levanté la camisa, examiné el pantalón, me palpé la cabeza y me revisé los brazos. Salvo los moretones de la paliza, sólo encontré una diminuta línea en la almohadilla de la mano izquierda de la que brotaba apenas un hilito de sangre. Seguramente, pensé, fue un rasguño que me hice en la caída. Pronto reconocería mi error al ver que la piel alrededor de la herida empezaría a tornarse oscura como una escala de colores acromáticos; pero esa no era la única herida que me habían hecho aquella noche. Cuando seguí mi camino a casa, bajé la velocidad de la marcha, empecé a mirar a los lados antes de pasar cualquier calle, tropecé con un par de bolardos y me enfoqué en evitar cualquier persona y espacio oscuro. Al tiempo que amainaba la lluvia, a mí me cogía el llanto y el camino que antes me parecía tan cierto, se volvió una espesa tiniebla.

Actus beati Pancho *et sociorum eius*

Reseña de *Las florecillas de san Francisco*[1]

Johan González

1 Muelas, Federico. Ed. (1969). *Florecillas de san Francisco*. Navarra: Salvat editores.

Nota preliminar:
Hoy en día es ridículo interesarse en santos, hace rato que Dios está muerto y enterrado. La gente ya no come cuento, el ser humano contemporáneo es más listo que nunca: ahora nadie pierde su tiempo yendo a una aburrida iglesia a rezarle a hombres y mujeres que antaño inspiraron compasión y humildad a millones, ahora todos prefieren acudir a internet, que no es una institución cerrada llena de dogmas e imposturas. ¿Por qué la gente ahora acude allá? (¿O acá? Porque la internet nos acerca, de hecho, en este instante me siento muy íntimo con usted, señor lector, porque esto no es más que una comunión de almas mediante la palabra). La gente acude a internet por inspiración, pero no sé muy bien quien da el mejor ejemplo de compasión: Logan Paul o alias Popeye. Confundo sus labores en internet, pero la compasión siempre llega adentro. Internet, sé que en tus dominios no puedo hablar de ficciones ridículas, porque la (pos)verdad pura es el pilar que te mantiene a flote, pero permíteme

cometer el pecado de ser poco trendy, o poco interesante, por medio de este texto que te ofrezco. Amén.

***

A la gente siempre le ha gustado echar cháchara, ya sea en el siglo XXI o en el siglo XIII, que fue cuando Francisco de Asís murió para darle nacimiento al recipiente de San Francisco. ¿Recipiente? Así es, y cómo se da en la mayoría de las historias de santos, este recipiente, que no es más que su imagen de santo, está lleno de la cháchara que echaba la buena gente en el siglo XIII, cháchara que no por ser incierta era necesariamente falsa, pero si era totalmente válida, como todo hoy en día. Este recipiente de imagen de cháchara tiene la forma de un libro, llamado *Las Florecillas de san Francisco*. Las «florecillas» son pequeñas narraciones de recuerdos que los frailes tenían de su amado Francisco. Como la época era la edad media, y los caballeros eran la onda del momento, entonces estas florecillas están narradas como si san Francisco de Asís fuera una especie de caballero celestial, con aventuras de caballería y discípulos que hacían las veces de escuderos y caballeros menores; por supuesto que no son tan grandilocuentes como las aventuras del Amadís, o de Don Quijote, pero tienen cierto factor de diversión.

En las artes contemporáneas priman los distintos tipos de perspectiva, los estados de conciencia, la física cuántica, la reproducción de los platelmintos, etc.; pero hay fragmentos de las Florecillas que son más significativos, o por lo menos más interesantes que toda la cháchara posmoderna que llena los recipientes de nuestra existencia; he aquí un ejemplo: «la noche siguiente, y durante dos noches más, tuvo de

Dios una semejante visión: de la boca de san Francisco salía una cruz de oro cuya cabeza llegaba al cielo y cuyos brazos se extendían desde levante hasta el poniente»(24). Al parecer los creativos de la serie Evangelion no son tan creativos después de todo.

Ahora es preciso hablar de lo importante del texto: el amor reflejado a través de la palabra. san Francisco es conocido más que todo por su humildad ante Dios, y también por su estricto voto de pobreza, pero hay otra cualidad que aparece representada en Las Florecillas: su poderosa elocuencia. A todos los pueblos y ciudades a las que iba, siempre daba una misa o un discurso con el que dejaba «edificada» a la gente, incluso utilizó su elocuencia en algunas ocasiones con animales salvajes, como peces o aves. San Francisco es el santo de la cháchara (de la elocuencia), o por lo menos así lo pintan sus discípulos, que por razones obvias también tienen lenguas de plata (o lenguas de fuego, para los iniciados en la fe católica). Él los convence a todos con sus palabras porque en ellas pone su propia vida en juego, él se vive recordando que todo lo que sale por su boca, y por la boca de sus discípulos no es más que la voluntad de Dios, porque él y Dios en el fondo son la misma cosa; Francisco de Asís en *Las florecillas* es un amante perfecto, y a mi juicio, le da al lector una lección valiosa sobre posesión amorosa: como él y Dios es uno (¿entiéndase Dios como toda la cosa creada?), entonces él se puede sentir dueño de Él, y viceversa; y el fruto de esa relación divina es el verbo divino con el que los pueblos y los animales quedan «edificados» y llenos de gracia. Ya me gustaría a mí que me amaran tanto como san Francisco ama a Dios, o más bien, ya me gustaría a mí amar a alguien como

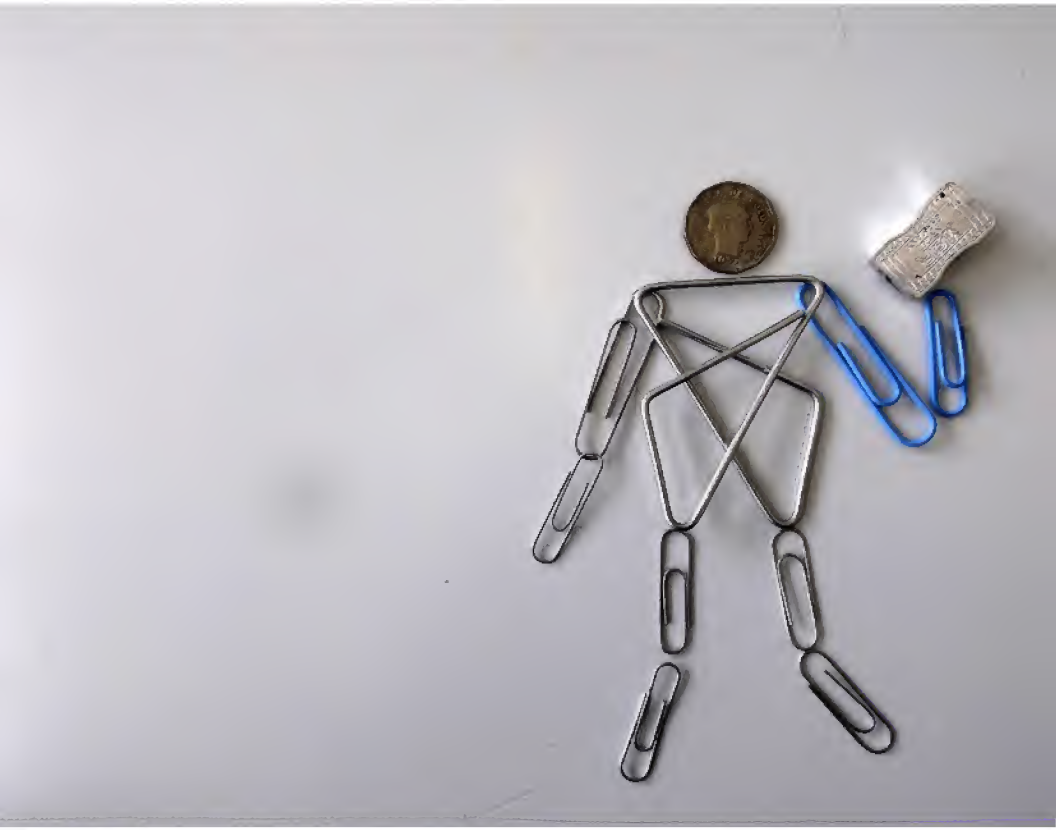
san Francisco ama a Dios, para que mis palabras tuvieran la gracia de san Francisco y poder dejar «edificado a cualquier interlocutor».

Sin duda alguna *Las florecillas de san Francisco* es un libro hecho no solo para los creyentes, sino también para los ateos, antiteos, agnósticos, satánicos, pastafarios, cientólogos, entómologos y asesores de ventas. ¿Por qué? porque es el amor en su máxima expresión, ¿Y a quién no le gusta el amor? Además, si usted es de los que cree en toda la cháchara que le echan hoy en día, tal vez este libro sea la clave para que por fin encuentre al santo de su devoción.

Navegando en el sujeto

Reseña de *La vida en las ventanas*[1]

Jhon F. Güechá



1 Neuman, Andrés. (2016). ***La vida en las ventanas***. Bogotá: Alfaguara. (Esta es una reedición de la novela original, publicada por Espasa en el año 2002)

Me sorprende haber pasado tanto sin escribirte.
Aunque ahora, mientras decido que contarte,
me doy cuenta que ya lo sabes todo.
De que he estado contándotelo en voz callada,
escribiéndote la carta de mi vida.

Andrés Neuman, La vida en las ventanas

La correspondencia es un género anacrónico,
una herencia tardía del siglo XVIII:
los hombres que vivían en esa época
todavía confiaban en la pura verdad
de las palabras escritas. ¿Y nosotros?...

Ricardo Piglia, Respiración artificial

Te ofrecemos la posibilidad
de compartir contenido
como parte de nuestra misión
de hacer del mundo un lugar
más abierto y conectado.

Facebook, Política de datos

Es una obviedad que los aparatos electrónicos han transformado a las sociedades, cómo nos comunicamos, cómo nos mostramos frente al mundo. Pero, ¿cómo se dio ese cambio?, ¿qué exploraciones se dieron de estas nuevas formas de vida en la literatura? *La vida en las ventanas,* la novela del escritor argentino Andrés Neuman, intenta responder a estos interrogantes. Esta novela está conformada por una serie de correos electrónicos que envía Net —el protagonista que es

apodado así por su adicción a internet— a Marina —una anterior pareja que jamás contesta.

A través de estos correos electrónicos se entreteje la vida de Net y se reconstruye su historia como estudiante universitario desertor, su relación con su familia (su padre, su madre y su hermana Paula), su amistad con Xavi, la nueva relación amorosa que construye con Cintia, y la que tuvo alguna vez con la ausente remitente: Marina. En mi opinión, lo más interesante de la novela es la reconstrucción de la vida de Net por medio del lenguaje, lo que ocurre en los intersticios de cada uno de sus correos electrónicos, lo que Net narra, pero también lo que omite y lo que se puede leer en los fragmentos que constituyen un correo.

Todos somos voyeristas en el mundo digital. En su primer correo, al inicio de la novela, Net observa a través de la ventana: «Afuera han empezado a limpiar la piscina. Los vecinos se asoman de vez en cuando a las ventanas, como para presionar al jardinero». Las ventanas físicas a través de las que veíamos a los demás e imaginábamos sus vidas se han convertido en las ventanas del navegador, y el *stalkear* en redes sociales nos permite observar a los demás, asumiendo que el otro no se sabe observado por nosotros.

La novela, dividida en tres partes (unidades de almacenamiento A:>, B:> y C:>), actualiza la tradición de la novela epistolar, al explorar las nuevas tecnologías y la soledad de quien escribe. Los epígrafes —desde las instrucciones de uso de Windows 95, hasta la cita de Ricardo Piglia, que es también epígrafe de esta reseña— construyen la novela como una exploración de estos tópicos.

Posiblemente, Piglia no se equivocaba al tildar la correspondencia como anacrónica. En estos tiempos, lo importante es lo inmediato, el *WhatsApp*, el mensaje corto, la correspondencia instantánea. Net, en uno de sus correos prueba la «modernidad» que demanda nuestra era: «*oi tng pco tmpo. toi n ksas. pq n m rsponds?*» y descubre que no puede amoldarse a ese tipo de mensaje, ironiza el comunicarse por medio de los códigos de la inmediatez que reconocemos quienes crecimos con este mundo digital.

Si bien no encontramos nunca una respuesta de Marina, nos adentramos en Net y en el universo virtual de inicios del siglo XXI, cuando fue publicada la novela por primera vez. Esto puede verse en el hecho de que cada uno de los correos de Net termina con el mensaje por defecto de la empresa proveedora del servicio y que este cambia al mudarse de cuenta.

Podemos observar, a través de la lectura, todos los cambios tecnológicos que han sucedido desde la aparición de esta novela. *La vida en las ventanas* ha mutado con el paso del tiempo. La soledad de quien escribe correos electrónicos y jamás recibe respuesta es ahora la soledad de todo el mundo frente a cualquier pantalla. Ahora no sólo observamos y espiamos por medio de las ventanas del computador, sino nos vemos a nosotros mismos reflejados a diario en el espejo que es la pantalla de nuestros celulares. La serie antológica *Black Mirror* toma su nombre de este hecho mientras reflexiona sobre el uso que le damos a las nuevas tecnologías.

Escribir es siempre un acto mentiroso —particularmente en estos tiempos— porque implica describir y mostrar al mundo desde un punto de vista particular. Por medio

de los correos de Net tan sólo tenemos su parte de la historia, y se queda sin explorar la versión de los otros personajes, su narración es en el fondo pura introspección. La novela me parece atractiva al permitirme reflexionar sobre este acto. Yo fui Net. Hice algo similar a lo que este hacía: escribir, contar el mundo desde mi subjetividad, muchas veces sin recibir respuesta. Conseguí pareja por el acto de la escritura, por chatear con ella, y me acostumbré tanto a escribir(le) que luego de un amargo rompimiento y un inevitable alejamiento seguí escribiendo largas cartas por correo electrónico —muchas de las cuales jamás llegué a enviar— por el acto de narrar, de redescubirme y entenderme por medio de la palabra sin esperar que mi interlocutora respondiese jamás, sin importar si me encontraba bloqueado o era ignorado.

Tanto el autor de la novela como yo, el autor de esta reseña, nos hemos adaptado a las nuevas tecnologías. Andrés Neuman algunas veces escribe *Microréplicas,* mientras yo divago en la red para compartir con mis autores o compositores favoritos (o perder el tiempo en Youtube), para sentirme —o al menos fingirme— menos solo en el mundo globalizado. Luego de esta novela y con los recientes avances tecnológicos ¿qué narrativas están explorando el uso que le damos a las nuevas tecnologías? La exhibición de la intimidad y el aislamiento, las transformaciones generadas en la sociedad con las nuevas comunicaciones merecen ser indagadas, no únicamente como fenómeno causado por la tecnología sino también como la posibilidad de nuevas formas de sentir, de ser, de narrar y de vivir en el mundo.

Carta desde el otro lado del charco

¿Reseña de *Lo que no tiene nombre* de Piedad Bonnett?

Madre:

Si me mato mañana, si mis pensamientos encuentran al final de su espiral un hoyo sin fondo, si explota mi cuerpo y deja en el aire un «plop» corto y luego un largo silencio, quiero que leas este libro. Verás un testimonio de una madre con un hijo suicida, así como lo somos tú y yo, y como lo son muchas madres de esta generación, producto y desecho tóxico del estrés y la desilusión. Puede que llevado un tiempo te agote su afán de contundencia y de reflexión «profunda» —después de todo, es natural tomar ese tono cuando se le intenta dar sentido a algo—; pero no quiero que pierdas de vista lo importante: con esta recomendación espero que entiendas que el suicidio es un hecho confuso, una paradoja que es al mismo tiempo un acto de valor y cobardía —valor por decidir irse, cobardía por escapar de todo—, de odio y amor con el mundo, y de egoísmo y abnegación con las personas cercanas. Luego de leerlo, ¿entenderás que yo odio al mundo lo suficiente como para desear no seguir participando en este show —no respirar más por favor el mismo aire que Garavito o Uribe Noguera—, al tiempo que lo amo tanto que quiero librarlo de la carga que supone alojar a un ser humano repleto de fracasos, que come tres veces al día?, ¿te parecerá

«¿De qué tamaño es el dolor del que se despide de sí mismo?»

mentira que aunque los suicidas seamos vistos como personas egoístas —porque nos negamos a compartir más experiencias con los nuestros—, los que vestimos de azul pastel y de tristeza nos sabemos una carga para los otros y por eso preferimos callarnos, alejarnos, ocultarnos, matarnos, antes que enredarlos con nuestras divagaciones y jalarlos hacia la nada? ¡Cuántas veces no he entristecido a los que me rodean con mis consultas existenciales!

En el libro, la madre/autora regresa sobre los recuerdos de su hijo y los mira con el velo de la muerte autoinflingida. ¿Qué pensarás tú, madre, cuando recuerdes aquellas semanas en las que no tenía hambre o los días enteros en los que me encerraba en el cuarto y no me paraba de la cama? ¿Qué significará entonces para ti cada vez que te dije «estoy cansado», «tengo ganas de quedarme durmiendo»?

«Pero ningún amor es útil para aquel que ha decidido matarse».

Al principio del libro, la madre/autora habla del aturdimiento y la falta de sentido que mana de un cuerpo sin vida, y eso me hace preguntarme, si ya de por sí sería difícil esconder el cuerpo en un asesinato, ¿cómo podría esconder mi cuerpo para evitarte el sufrimiento de verme demacrado?, ¿cómo esconder el cuerpo cuando uno es al mismo tiempo víctima y victimario? Después, la madre/autora narra los antecedentes al suicidio de su hijo, las visitas al médico, las crisis, los llamados de atención e intentos previos. ¿Recuerdas, madre, cuando me llevaste con el bioenergético, los sobres de paroxetina escondidos en los cajones y la vez que me preguntaste por las cicatrices de mi brazo izquierdo? Más adelante, la madre/autora intenta explicar la muerte del

hijo, ahondando en su historia más reciente. Y por último, además de cerrar con una imagen similar al poema «La carroña» de Baudelaire o a la hierba que brota de las grietas del asfalto y que a mí me da tanta esperanza, la madre hace una meditación acerca del escribir sobre el suicidio de una persona amada.

Madre mía, tú puedes tomar estás partes como un modelo o hacer las tuyas propias. Lo único que espero es que algún día, fermentado el trago amargo, tú puedas escribir con lápiz y papel o con voz y viento algo sobre nosotros y que así podamos ser, de nuevo, los dos, sin necesidad de terceras representaciones. Respecto a la muerte de mi abuela —tu madre— escribí que la muerte era un paso de la dimensión corporal a la dimensión de la memoria. Y puede que el hilo de ese/tuyo relato hipotético se convierta en un nuevo cordón umbilical que me deje ir lo suficientemente lejos como para no hacerte más daño y que me mantenga lo suficientemente cerca como para no borrar todos los recuerdos, si eso es lo que deseas. Tus palabras serán el único alimento que podrás brindarme y el único que siempre he necesitado.

«Otros levantan monumentos, graban lápidas. Yo he vuelto a parirte, con el mismo dolor, para que vivas un poco más, para que no desaparezcas de la memoria. Y lo he hecho con palabras, porque ellas, que son móviles, que hablan siempre de manera distinta, no petrifican, no hacen las veces de tumba».

Amándote ahora y siempre, escribe:

David Larruos